

Jeremías: El profeta de las naciones con un corazón sensible

William KELLY

biblicom.org

Índice

1 - Prólogo	3
2 - Jeremías	4
3 - Primera parte: Capítulos 1 al 25	5
3.1 - Capítulo 1	5
3.2 - Capítulo 2	7
3.3 - Capítulo 3	8
3.4 - Capítulo 4	10
3.5 - Capítulo 5	11
3.6 - Capítulo 6	11
3.7 - Capítulo 7	12
3.8 - Capítulo 8	19
3.9 - Capítulo 9	19
3.10 - Capítulo 10	20
3.11 - Capítulo 11	22
3.12 - Capítulo 12	22
3.13 - Capítulo 13	23
3.14 - Capítulo 14	24
3.15 - Capítulo 15	24
3.16 - Capítulo 16	26
3.17 - Capítulo 17	27
3.18 - Capítulo 18	27
3.19 - Capítulo 19	28
3.20 - Capítulos 19:14 al 20	28
3.21 - Capítulo 21	29
3.22 - Capítulo 22	29
3.23 - Capítulo 23	30
3.24 - Capítulo 24	34
3.25 - Capítulo 25	35
4 - Segunda parte: Capítulos 26 al 52	36
4.1 - Capítulo 26	36
4.2 - Capítulo 27	40
4.3 - Capítulo 28	41
4.4 - Capítulo 29	43

4.5 - Capítulo 30	44
4.6 - Capítulo 31	46
4.7 - Capítulo 32	51
4.8 - Capítulo 33	54
4.9 - Capítulo 34	55
4.10 - Capítulo 35	55
4.11 - Capítulo 36	56
4.12 - Capítulos 37 - 38	57
4.13 - Capítulo 39	58
4.14 - Capítulos 40 - 44	58
4.15 - Capítulo 45	59
4.16 - Capítulos 46 - 51	59
4.17 - Capítulo 52	59

1 - Prólogo

Las profecías de Jeremías comenzaron en el decimotercer año del reinado de Josías, rey de Judá, y continuaron después de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, unos 40 años más tarde. Por lo tanto, su testimonio se dio en la época en que el reino de David estaba a punto de ser eliminado como testigo nacional de Jehová en la tierra.

Existe cierta analogía entre el carácter moral de los últimos días de Judá y el de los últimos días de la Iglesia; y como las diferentes verdades entregadas por Jeremías fueron elegidas por el Espíritu para corresponder a la condición del pueblo judío, este libro tiene un gran valor práctico en la época actual. De las experiencias del propio profeta y de los mensajes que recibió de Jehová se pueden extraer muchas lecciones saludables de fidelidad y obediencia en medio de la debilidad y la confusión reinantes. Son tan necesarias hoy como lo eran entonces.

Jeremías fue santificado desde su nacimiento para ejercer su función de portavoz de Jehová; entre los demás profetas del Antiguo Testamento, se distingue como profeta de las naciones. Jerusalén estaba situada en medio de las naciones gentiles, como centro del gobierno divino en la tierra. Antes de que la ciudad de Sion fuera destruida por los gentiles, Jeremías fue la última voz que pronunció la Palabra de Jehová a Judá, a Israel y a las naciones circundantes, desde ese centro.

El profeta mismo era de gran sensibilidad y ternura, odiado y despreciado por sus compatriotas debido a la fidelidad de su servicio profético hacia ellos. Su dolor personal y sus sufrimientos reales provenían tanto de su ferviente celo por la gloria de Jehová como de su gran afecto por sus compatriotas judíos. A lo largo del libro, los ejercicios de piedad del corazón de Jeremías se ponen de relieve en contraste con la maldad inveterada que habitaba en los corazones de los hombres de Judá y Jerusalén.

Algunas de las profecías de Jeremías se han cumplido, mientras que otras aún esperan su cumplimiento. Entre las primeras se encuentran el regreso de los cautivos judíos de Babilonia después de un período de 70 años, así como la destrucción del propio imperio de Babilonia, la primera gran potencia gentil a la que Dios había confiado el dominio del mundo después de dejar de lado a Israel.

Entre sus profecías que aún no se han cumplido, se encuentra la relativa a la restauración de Israel y Judá como pueblo especial de Jehová en la tierra, cuando todas las familias de Israel volverán a prosperar bajo el reinado directo del Hijo de David,

prometido desde hace mucho tiempo, el renuevo justo de Jehová, el rey de Israel. Pero esta introducción de la nueva alianza eterna, que anunciaba el profeta, no tendrá lugar hasta que hayan pasado por el período sin precedentes de la angustia de Jacob, la gran tribulación de la que se salvará el remanente.

En el esbozo relativamente breve del hermano William Kelly, estos y otros temas del libro se indican a medida que aparecen. Este proyecto se preparó a partir de notas tomadas durante su ministerio oral. Sin ser una exposición exhaustiva de las profecías de Jeremías, este texto constituye una valiosa introducción a su estudio, estudio que no puede descuidarse sin pérdida espiritual en esta época de aterrador declive de la profesión cristiana y de creciente rivalidad en el mundo político.

W. J. Hocking, 31 de octubre de 1937

2 - Jeremías

La diferencia de carácter y estilo de Jeremías con respecto a Isaías no puede dejar de llamar la atención de cualquier lector atento. Aquí no tenemos las magníficas revelaciones de la Palabra de Dios para esta tierra, cuyo centro era Israel, sino que tenemos la profecía que se ocupa del aspecto moral de las almas del pueblo de Dios. Ciertamente, se pronuncian juicios sobre los paganos, pero la intención era actuar sobre la conciencia de los judíos, y para ello vemos hasta qué punto el Espíritu de Dios aprovecha la experiencia personal de Jeremías. Entre todos los profetas, ninguno analizó tanto sus propios sentimientos, sus propios pensamientos, sus propios caminos, su propio espíritu.

Por eso Jeremías es el único que nos da el libro de Las Lamentaciones. Estas lamentaciones son el desahogo de su alma ante Dios; se asemejan mucho al carácter de los Salmos, al igual que su profecía, por cierto, más que la de cualquier otro profeta, grande o pequeño.

Así, Jeremías tiene un carácter propio, de gran importancia. Desde un punto de vista práctico, creo que su estilo es muy instructivo para el alma del creyente. Veremos que los ejercicios interiores del profeta están consignados en la medida en que correspondían a la revelación que Dios había hecho de sí mismo en los tiempos del Antiguo Testamento.

Encontramos estos caracteres desde el primer versículo. Jeremías era hijo de Hilcías,

uno de los sacerdotes que se encontraban en Anatot, en la tierra de Benjamín. La Palabra de Jehová le fue dirigida en tiempos de Josías, rey de Judá, en el decimotercer año de su reinado. En otras palabras, fue llamado a servir cuando Dios actuaba poderosamente no solo en Josías, que era un buen rey, sino también en algunos miembros del pueblo judío.

Es evidente que este arrepentimiento parcial del pueblo no respondía a la naturaleza de la tarea encomendada a Jeremías. Su tarea era en realidad un trabajo interior, a nivel de la conciencia. Pero lo que le dolía era que la restauración de Josías solo había producido un efecto exterior.

Por eso, la situación del pueblo da lugar al doble carácter de la profecía de Jeremías. Tenían una profesión externa, mucha apariencia de bondad; poca bondad real, pero mucha demostración externa. Su estado no era exactamente el de la higuera que fue maldecida por el Señor, que tenía abundancia de hojas, pero ningún fruto. En los días de Jeremías, la situación nacional era realmente la que él describe en el capítulo 24. Había algunos higos buenos, y los higos buenos eran muy buenos; pero también había muchos higos malos, y los higos malos eran muy malos. Este es el carácter moral que encontraremos en este libro.

3 - Primera parte: Capítulos 1 al 25

3.1 - Capítulo 1

La palabra de Jehová fue dirigida a Jeremías en estos términos: «Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué», y se preocupa de añadir: «Te di por profeta a las naciones» (v. 5). ¿Por qué de las naciones? Esta misión especial nos muestra una particularidad del servicio de Jeremías que encontraremos abundantemente en este libro. Aunque él mismo era judío e incluso sacerdote, y aunque los judíos de Jerusalén ocupan un lugar muy importante en su profecía, las naciones también ocupan un lugar importante.

Además, veremos que cuando se anuncia el juicio venidero de las naciones, Jerusalén se coloca entre ellas como la primera de las naciones que serán juzgadas. Si los judíos no se elevaban moralmente por encima de las naciones de las que Dios los había separado, ¿por qué Dios seguiría tratándolos como su propio pueblo, concediéndoles un título especial? Si renunciaran a todo lo que los distinguía cayendo en

la idolatría de los gentiles, Dios no apoyaría sus falsas pretensiones.

Así, cuando la copa de la venganza está en la mano de Jehová, para ser dada a las naciones en juicio, los judíos son los primeros entre las naciones, no para ser bendecidos, sino para ser reprimidos y castigados (25:17-18). Jeremías es, por tanto, ordenado profeta de las naciones, ya que la particularidad de su profecía es que Jerusalén es juzgada en primer lugar, cuando Dios se encarga de tratar los pecados del mundo. Esta prioridad se muestra muy claramente en el capítulo 25, pero esta verdad atraviesa todo el libro de principio a fin.

Esta misión inusual pone de manifiesto el espíritu temeroso de Jeremías. Entonces Jeremías dijo: «¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño» (v. 6). Jehová le responde: «No digas: Soy un niño». Esa no era la cuestión, la cuestión era quién lo enviaba. Si una autoridad real, según su propia sabiduría, elige a un hombre para que sea su siervo o su embajador, a los demás no les importa quién sea él, sino qué autoridad lo envía; y los que lo desprecian no lo desprecian a él, sino a la autoridad que lo nombró. Jeremías debía sentir que Jehová lo llamaba a esa función.

«No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar» (v. 7-10).

El significado de esta misión es que Jeremías fue elegido para anunciar los disturbios y el juicio que iban a caer sobre todas las naciones. Dios, que sin duda cumpliría todas las amenazas que Jeremías pronunciaba contra ellas, habla como si fuera el profeta quien derribaba, plantaba, edificaba y destruía según las profecías que Dios le daba para pronunciar.

Ahora bien, esta era una tarea extremadamente dolorosa para Jeremías. Creo que, de todos los profetas, grandes o pequeños, que han sido empleados, nunca ha habido ninguno para quien anunciar el juicio fuera una prueba más grande que para Jeremías. Tenía una sensibilidad inusual. Retrocedía ante la tarea a la que había sido llamado precisamente porque había sido llamado a ella.

Jeremías tenía que endurecerse, en cierto modo, no hasta el punto de no sentir nada, sino sintiendo más profundamente el alcance de sus profecías. Tenía que ser el

simple receptáculo y canal de lo que Dios ponía en su boca. Por eso este profeta estaba a la vez angustiado por todo lo que tenía que anunciar, pero anunciaba con valentía todo lo que Dios ponía en su boca.

Tal es el carácter de Jeremías que se muestra en este primer capítulo. Por eso encontramos 2 visiones conjuntas. Jehová dijo: «¿Qué ves tú, Jeremías? Y dije: Veo una vara de almendro. Y me dijo Jehová: Bien has visto; porque yo apresuro mi palabra para ponerla por obra» (v. 11-12), aludiendo a la floración precoz del almendro.

«Vino a mí la palabra de Jehová por segunda vez, diciendo: ¿Qué ves tú? Y dije: Veo una olla que hierve; y su faz está hacia el norte» (v. 13). Es una alusión al gran enemigo al norte de Israel, que fue utilizado no solo para derribar a Judá, sino también a las naciones.

Desde el principio hasta el final, Jeremías se detiene mucho en Babilonia. Babilonia era esa potencia del norte que ocupa el Espíritu de Dios a lo largo de todo el libro. No es Asiria. Asiria también estaba al norte, pero el poder asirio ya había sido destruido, y solo al final de los tiempos renacería Asiria. Pero mientras tanto, Babilonia era la gran potencia que dominaba la tierra, por lo que Jeremías llama la atención sobre este nuevo reino. «Me dijo Jehová: Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de esta tierra» (v. 14).

Por eso debía ceñirse los lomos, levantarse y decirles: «Porque he aquí que yo convoco a todas las familias de los reinos del norte, dice Jehová; y vendrán, y pondrá cada uno su campamento a la entrada de las puertas de Jerusalén, y junto a todos sus muros en derredor, y contra todas las ciudades de Judá. Y a causa de toda su maldad, proferiré mis juicios contra los que me dejaron, e incensaron a dioses extraños, y la obra de sus manos adoraron. Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate, y háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos. Porque he aquí que yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte» (v. 15-19).

3.2 - Capítulo 2

El capítulo 1 presentó su misión y su carácter, así como las visiones que le fueron dadas para animarlo a continuar con la tarea que Jehová le había encomendado. El

capítulo 2 nos muestra el estado en que se encontraba Israel, y más particularmente el de Jerusalén. Jehová recuerda lo que él ha sido para su pueblo y cuál ha sido su conducta, a pesar de Sus favores. En el capítulo 3, dice lo que les va a hacer.

No me detendré en las amargas acusaciones que tuvo que pronunciar el profeta –el doble mal de los judíos que abandonaron a Jehová, única fuente de agua viva, y se volvieron hacia cisternas que no podían retener el agua, huyendo hacia la idolatría y sus influencias corruptoras.

3.3 - Capítulo 3

En el capítulo 3, Jehová les exhorta. Les muestra que, por muy malo que haya sido Israel, Judá, que se había mantenido firme durante un tiempo y que ofrecía hermosas promesas bajo Josías, no estaba mejor. La crisis llegaría seguramente. Pero cuando alguien cae al fondo, Dios aparece en su gracia.

Así, en ese mismo capítulo, después de exponerles todo, dice: «Reconoce, pues, tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado, y fornicaste con los extraños debajo de todo árbol frondoso, y no oíste mi voz, dice Jehová. Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sion; y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia. Y acontecerá que cuando os multipliquéis y crezcáis en la tierra, en esos días, dice Jehová, no se dirá más: Arca del pacto de Jehová; ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la echarán de menos, ni se hará otra. En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: Trono de Jehová, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre de Jehová en Jerusalén; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón. En aquellos tiempos irán de la casa de Judá a la casa de Israel, y vendrán juntamente de la tierra del norte a la tierra que hice heredar a vuestros padres» (v. 13-18).

Este anuncio no puede ser más evidente, porque aquí vemos claramente la intervención de la gracia de Dios para todo el pueblo en los últimos días, no solo después del cautiverio asirio que ya había tenido lugar, sino también después del cautiverio babilónico que estaría por venir. Después de todo esto, Dios recordaría a su pueblo, no a una parte, sino a la totalidad, recordaría a Israel y a Judá, los traería de vuelta a la tierra, los bendeciría allí con bendiciones más abundantes que todas las que habían tenido antes, a saber, el arca de la alianza, que era el gran rasgo distintivo de la fe de David, para la cual había hecho un lugar de reposo en Sion, y que se había

perdido poco después de Salomón (porque la mayor parte de la nación había perdido entonces el arca y había erigido becerros de oro). La bendición de los últimos días sería tan grande que incluso lo que se conocía bajo David y Salomón desaparecería, eclipsado por la gloria aún más resplandeciente de todo el pueblo unido en los últimos días; y a partir de entonces, nunca más se alejarían de Jehová.

Ahora bien, es obvio que estas bendiciones nacionales nunca se han cumplido. Todavía están por llegar. Lo que se conoce después del cautiverio babilónico es el regreso de un puñado de judíos y algunos israelitas dispersos. Lejos de igualar lo que se conoció bajo David y Salomón, nunca tuvieron ni siquiera un reino independiente; ni siquiera tuvieron lo que se conoció bajo los más vergonzosos de los hijos de David: Manasés, Sedequías, Joacim y Joaquín. Todos estos vergonzosos representantes de la familia real eran hombres de gran importancia, y el Estado también gozaba de una independencia muy superior a la que existirá después del regreso del cautiverio.

Aquí, por el contrario, el profeta habla de un estado que supera todo lo que se había conocido bajo sus mejores reyes. En cuanto a si se trata del Evangelio o de lo que hoy llamamos cristianismo, no hay el menor parecido. «En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: Trono de Jehová» (v. 17). Pero eso no es el Evangelio. El Evangelio no es el trono de Jehová. El trono de Jehová significa el poder gubernamental, en nombre de Jehová, ejercido sobre toda la tierra. Jeremías anuncia este trono, y Zacarías (cap. 14) muestra muy claramente su carácter. No habrá ídolos, no habrá rivales: el nombre de Jehová será el único nombre universalmente reconocido y honrado en toda la tierra.

En ese tiempo, Jerusalén será llamada el trono de Jehová, dice Jeremías. «Y todas las naciones vendrán a ella». Lo que el papado ha tratado de hacer bajo el Evangelio, es decir, establecer una “monarquía” espiritual universal, se cumplirá realmente bajo el único que tiene ese derecho, es decir, el Señor Jesús. Él tendrá este reinado en la tierra, cuyo centro será Jerusalén y cuya esfera de influencia serán todas las naciones. Al mismo tiempo, él tendrá los cielos, cuya metrópoli será la nueva Jerusalén. Él tendrá el universo renovado de Dios, es decir, la ciudad celestial y la gloria de lo alto, mientras que la Jerusalén terrenal será el centro en la tierra.

Así, vemos que la particularidad de ese tiempo glorioso será que los cielos y la tierra estarán bajo el reinado del Señor Jesús; Cristo será reconocido como la Cabeza de todas las cosas, tanto celestiales como terrenales, la Iglesia reinará con él en los cielos y el pueblo judío estará bajo Su autoridad en la tierra.

Esto es lo que se describe aquí, al menos en lo que respecta a la parte terrenal.

Debemos acudir al Nuevo Testamento para ver la parte celestial. La tierra sigue siendo el gran tema de las profecías del Antiguo Testamento, y de hecho de todas las profecías en general, pero el Nuevo Testamento también muestra los cielos tal y como serán bajo Cristo.

3.4 - Capítulo 4

El capítulo 4 continúa con las exhortaciones morales al pueblo. «Si te volvieres, oh Israel, dice Jehová, vuélvete a mí». A continuación, Dios, que no podía satisfacerse con las formas externas, lanza un llamamiento: «Circuncidaos a Jehová, y quitad el prepucio de vuestro corazón, varones de Judá y moradores de Jerusalén; no sea que mi ira salga como fuego, y se encienda y no haya quien la apague» (v. 4). Fíjense en la particularidad. El profeta se refiere sobre todo a los judíos en cuanto a su incapacidad moral para recibir la bendición de Dios.

Por eso dice más adelante: «El león sube de la espesura, y el destruidor de naciones está en marcha, (Nabucodonosor), y ha salido de su lugar para poner tu tierra en desolación; tus ciudades quedarán asoladas y sin morador» (v. 7). «En aquel día, dice Jehová, desfallecerá el corazón del rey y el corazón de los príncipes, y los sacerdotes estarán atónitos, y se maravillarán los profetas» (v. 9). No se encontrará poder en ninguna parte, porque Dios ha sido abandonado.

«Y dije: ¡Ay, ay, Jehová Dios! Verdaderamente en gran manera has engañado a este pueblo y a Jerusalén, diciendo: Paz tendréis; pues la espada ha venido hasta el alma» (v. 10). Luego llama a Jerusalén al arrepentimiento: «Lava tu corazón de maldad, oh Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuándo permitirás en medio de ti los pensamientos de iniquidad?» (v. 14). Más adelante, expresa su gran dolor ante los disturbios y las ruinas que se acumulan contra Jerusalén: «¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las fibras de mi corazón; mi corazón se agita dentro de mí; no callaré; porque sonido de trompeta has oído, oh alma mía, pregón de guerra. Quebrantamiento sobre quebrantamiento es anunciado» (v. 19-20).

Los desastres que se avecinan son tan grandes que la visión que se le presenta nos recuerda el estado caótico del mundo descrito al principio del Génesis. «Miré a la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz. Miré a los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruidos. Miré, y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran asoladas delante de Jehová,

delante del ardor de su ira» (v. 23-26). Todo esto era una visión de la desgracia que pesaba sobre los judíos y, de hecho, sobre las naciones en general. Esta profecía va mucho más allá de lo que Nabucodonosor infligió e incluye juicios punitivos aún por venir.

3.5 - Capítulo 5

Este tema del juicio se aborda en el capítulo 5, mientras el profeta muestra una vez más el espantoso estado moral de Jerusalén y les advierte de los castigos que están por venir: «¿Cómo te he de perdonar por esto? Sus hijos me dejaron, y juraron por lo que no es Dios. Los sacié, y adulteraron, y en casa de rameras se juntaron en compañías. Como caballos bien alimentados, cada cual relinchaba tras la mujer de su prójimo. ¿No había de castigar esto? dijo Jehová. De una nación como ésta, ¿no se había de vengar mi alma?» (v. 7-9).

Y lo peor del mal nacional no era solo que una parte del pueblo fuera culpable, sino que, según él, «cosa espantosa y fea es hecha en la tierra; los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso. ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?» (v. 30-31).

Así, todas las fuentes de la rectitud moral estaban corrompidas; por lo tanto, era evidente que Jehová no podía sino infligirles el juicio. Este tema se aborda hasta el final del capítulo 6.

3.6 - Capítulo 6

Jeremías llama a las naciones a escuchar su mensaje: «Por tanto, oíd, naciones, y entendad, oh congregación, lo que sucederá. Oye, tierra: He aquí yo traigo mal sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos; porque no escucharon mis palabras, y aborrecieron mi ley. ¿Para qué a mí este incienso de Sabá, y la buena caña olorosa de tierra lejana?» (v. 18-20). Sus ceremonias eran vanas esperanzas para retrasar el juicio. «Vuestros holocaustos no son aceptables, ni vuestros sacrificios me agradan. Por tanto, Jehová dice esto: He aquí yo pongo a este pueblo tropiezos, y caerán en ellos los padres y los hijos juntamente; el vecino y su compañero perecerán» (v. 20-21). Al mismo tiempo, el corazón del profeta se llena de tristeza por la nación. «Hija de mi pueblo, cíñete de cilicio, y revuélcate en ceniza; ponte luto como por hijo único, llanto de amarguras; porque pronto vendrá sobre nosotros el destruidor»

(v. 26).

3.7 - Capítulo 7

En el capítulo 7, comienza otro tema. Habla del templo mismo y muestra que la marea del mal en Judá había contaminado completamente el mismo santuario de Jehová. Además, en medio del peligro, no confiaban en Dios ni en su Palabra, sino en sus propias mentiras, según las cuales las formas externas bastarían para protegerlos de la destrucción de los gentiles. Les dice: «No fieis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hiciereis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre» (v. 4-7).

Y les muestra que el orgullo que sentían por una sucesión permanente de privilegios nacionales era una confianza vana. Esa falsa confianza era tan fuerte entre los judíos como lo ha sido siempre entre los papistas u otros en la cristiandad. Esa ilusión era tan destructiva para ellos como lo será para la cristiandad. No hay nada más seguro que la noción de seguridad inmutable para llevar a la ruina a la cristiandad.

No me refiero a la seguridad del alma del creyente. Esa certeza es totalmente justa. Nunca insistiremos lo suficiente en la vida eterna del creyente; pero aplicar al estado de la cristiandad la idea de que continuará para siempre, cuando Dios nos advierte lo contrario en su Palabra, que la cristiandad caerá, al igual que el Estado judío antes que él, y será víctima de las artimañas del Maligno. Esa idea de continuidad es precisamente la ilusión con la que Satanás hace que se aleje completamente de Dios.

Lo que es perfectamente cierto para el alma en Cristo es totalmente ruinoso para el estado colectivo general. No hay nada más hermoso que la fe que da gracias a Dios por la gracia concedida al alma; pero no hay mayor error que generalizar al estado apóstata de la cristiandad lo que solo es cierto para el alma individual; porque una es una fe auténtica y real, y la otra es una presunción de lo más arrogante y altiva que Dios juzgará.

Esta es precisamente la moraleja del capítulo 7. El profeta toma el hecho de que Silo había perdido su prestigio. Silo era el lugar donde se había instalado inicialmente el

tabernáculo en el país (v. 12). ¿Qué había sido de Silo? Dios lo había profanado: y Dios haría exactamente lo mismo donde ahora se encontraba el arca, donde estaba el santuario en Jerusalén. Dios no podía comprometerse a mantener una forma vacía. Ya no sostendría lo que era una bella imagen de Su verdad, cuando la condición del pueblo y de los sacerdotes era a sus ojos el mal más abominable bajo el sol. Cuanto mayor es la verdad, la bendición o, en cualquier caso, los privilegios que se han concedido al pueblo judío y a sus sacerdotes, más graves son sus insultos a Su santidad en Su templo.

Por eso, lejos de ser su fortaleza contra los juicios del rey de Babilonia, el templo sería el punto central en el que convergerían todos esos juicios, y si destruyera la ciudad de Jerusalén, el santuario sería el más afectado. Y vemos que la Casa de Dios era precisamente el gran objeto del deseo del invasor; porque entre los gentiles había una animosidad instintiva contra este templo donde el Jehová había puesto su nombre. Sabían muy bien lo que Jehová había hecho en el pasado al derribar a las naciones. La cuestión era si Jehová permitiría que su templo fuera saqueado ahora, y si permitiría que el nombre de Jehová fuera, por así decirlo, borrado de la faz de la tierra.

La campaña de Babilonia contra Jerusalén era una gran empresa. Por lo tanto, no hay duda de que los enemigos de Judá sentían cierta inquietud y aprensión, porque ¿qué le había hecho Jehová a Faraón? ¿Qué no les había hecho a los reyes que habían atacado a los hijos de Israel en el desierto y en el país? La destrucción de las 10 tribus por los asirios sin duda animó al rey de Babilonia a seguir adelante, pero aun así debía de sentir cierta ansiedad hasta que la cosa se cumpliera.

Y era precisamente esa vana confianza en el pasado lo que sostenía a los judíos. Pensaban que la conquista de Jerusalén nunca podría ocurrir y que, independientemente de sus faltas, Dios nunca permitiría que fueran completamente destruidos. Pero eso fue precisamente lo que hizo Jehová: permitió que los gentiles los vencieran por completo, a ellos y a su santuario. Sin embargo, los mismos profetas que anunciaban el juicio venidero también proclamaban la liberación y la restauración que sin duda seguirían a su debido tiempo.

Hoy en día, vivimos en una situación en la que se niega esa restauración definitiva. La razón por la que, en la cristiandad, los hombres no creen en general en el retorno y la restauración de Israel, así como en la reconstrucción de Jerusalén como escenario de gloria para el Señor –hay personas que creen en ello, por supuesto, en medio del escepticismo general–, es que existe un sentimiento instintivo de que la

bendición de Israel supone el juicio de la cristiandad; pues si la cristiandad sigue su curso, es imposible que se produzca dicha restauración.

Este punto de vista es totalmente cierto. No puede haber restauración de los judíos sin el juicio completo de la cristiandad, pues Dios no puede tener 2 testigos colectivos al mismo tiempo en la tierra. Y si el testigo actual se vuelve apóstata, entonces Dios lo juzgará, y cuando el juicio haya tenido lugar, restaurará a su antiguo pueblo. Tal es el orden que declara la Escritura.

Naturalmente, aquellos que consideran este derrocamiento judicial de la cristiandad como un ataque a su honor y que se resisten ante la desagradable idea del juicio del estado actual de las cosas, no pueden admitir que Dios tenga tan mala opinión de lo que se está haciendo actualmente en la cristiandad. Por lo tanto, luchan contra esta verdad hasta el final, y su oposición se manifiesta en la negativa a creer en la venida del Señor a la tierra para juzgar y, por lo tanto, en la restauración del antiguo pueblo de Dios.

Pero el Nuevo Testamento dice muy explícitamente que lo que afirman estos antiguos profetas es verdadero y divino. El Nuevo Testamento no debilita lo que declara el Antiguo Testamento, sino que lo establece y lo sella. Y la razón moral por la que el Antiguo Testamento se verificará a su debido tiempo es que el Nuevo Testamento también revela que el resultado del Evangelio será el establecimiento del hombre de pecado (2 Tes. 2). Esto será, por supuesto, el resultado de un evangelio adulterado, pervertido, corrompido.

Ahora bien, el fin de la era privilegiada actual no es severo por parte de Dios. Muchos dicen: “¡Qué fin tan horrible!”. Es cierto, sin duda. Pero la corrupción de lo mejor es siempre la peor de las corrupciones, y si la corrupción de la Ley de Dios ha llegado a tal punto que Dios ha juzgado a través de la antigua Asiria y Babilonia, que llevaron cautivas a las 2 partes del pueblo, el resultado de la corrupción del Evangelio en la cristiandad terminará necesariamente en un juicio aún más ardiente, aún más doloroso de observar.

La Escritura se refiere a este período judicial como la gran tribulación, cuando judíos y gentiles sufrirán el castigo de Dios, que acabará con el orgullo de los hombres tanto en el judaísmo como en la cristiandad, y luego traerá un tiempo de bendición en el que la tierra se llenará del conocimiento de Jehová como las aguas cubren el fondo del mar.

Cuando una dispensación se desvía de su carácter propio porque el pueblo de Dios

es infiel a su responsabilidad, ya no se trata de mantener sus formas externas en su integridad original, ya que estas quedan invalidadas en la práctica por este alejamiento de la verdad. Y para los fieles, no se trata de recurrir a algo nuevo, sino a lo que está en armonía con la confesión del estado de ruina.

Siempre debemos mantenernos en la verdad de una situación, ante Dios. Por ejemplo, si soy pecador, solo puedo estar bendecido si ocupo el lugar de un pecador; y, del mismo modo, si la dispensación está arruinada exteriormente, solo puedo estar plenamente bendecido si reconozco y siento la ruina. Si pienso que todo va bien cuando Dios se prepara para juzgar, es evidente que no estoy en comunión con él, tal vez no en lo que a mí personalmente se refiere, pero sí en lo que respecta al estado general de las cosas.

La diferencia moral que se deriva de ello es que, cuando las cosas están en orden y todo es armonioso al comienzo de una dispensación, el deber de un hombre es comprometerse fielmente con todo cuando todo está bien; pero cuando las cosas están corruptas, su deber es separarse de lo que está corrupto y continuar solo con lo que lleva la huella del Espíritu de Dios. Esa es la diferencia. Verán que, en cada dispensación, las formas externas siempre caen en manos de los engañadores, porque una forma externa es fácil de copiar y mantener. Por eso los sacerdotes y los falsos profetas, en Judá y Jerusalén, tomaban el nombre de “celosos de la Ley”, y sobre esa base exigían la lealtad del pueblo.

Son estas personas contra las que Jeremías y los profetas advierten a los fieles. Del mismo modo, no hay duda de que, si la cristiandad fuera permanente como sistema religioso, los papistas serían los que tendrían más derechos y, por lo tanto, si la cristiandad fuera inquebrantable, todos deberíamos ser papistas. Pero es evidente que la conciencia y la espiritualidad de cada creyente se rebelan contra un pensamiento tan aterrador. Todos pensamos que es imposible que el Dios de la verdad y la gracia nos obligue a adorar a la Virgen María, a los santos, a los ángeles, etc.

Pensamos que los papistas son idólatras, y tenemos razón. Son idólatras, y peores que los paganos, porque si es malo adorar a Júpiter y Saturno, es mucho peor adorar a la Virgen María.

Por eso, creo que, de todas las idolatrías que han existido bajo el sol, la de la iglesia de Roma es la más vil.

Cabría preguntarse si la ruina de la Iglesia es generalmente conocida y considerada. No es así; muchos hijos de Dios nunca han abordado realmente la cuestión. Cuando

oyen hablar de la ruina de la Iglesia o de la cristiandad, piensan que eso significa de alguna manera que Dios no ha sido fiel a sus promesas, mientras que no se trata de fidelidad a las promesas. La fidelidad a las promesas va de la mano con la fe, y no con las formas; pero lejos de despreciar las formas; la razón por la que nunca he podido soportar [1] lo que es común en la cristiandad hoy en día es que no quería abandonar las formas de la Palabra de Dios.

[1] Tomemos, por ejemplo, una congregación que elige a un pastor. Bueno, nunca he podido ser disidente por esta razón, porque es el mismo esquema en todas partes. Sé que muchos disidentes piensan lo mismo; Isaac Taylor, que escribió «*The Natural History of Enthusiasm*», entre otras obras, era uno de ellos. Era diácono en una congregación y escribió un libro sobre este tema.

La Escritura prevé la designación de unas personas para distribuir los fondos. Ustedes deben confiar en las personas que distribuyen los fondos para hacer donaciones; pero, en la Palabra de Dios, no se ve que se elija a unos hombres para predicar. Sin embargo, todas las grandes confesiones lo hacen, así como los disidentes y todo tipo de sectas.

Todo este sistema es, por supuesto, erróneo. Es falso en su principio. Este principio es que el que da, elige. Yo doy dinero y tengo derecho a elegir a las personas que lo distribuyen; pero yo no doy el Espíritu Santo a la Iglesia, por lo que no debo elegir a los siervos. Si Dios concede dones sin pedírmelo, no me conduzco correctamente como cristiano al elegir entre mis hermanos y hermanas a los que son espirituales.

Considero a toda persona espiritual como un hermano o una hermana, y deseo tener la gracia de comportarme como tal. Está muy claro, pero, por supuesto, al igual que la relación entre hermanos y hermanas espirituales está totalmente regulada por la gracia y la voluntad de Dios, lo mismo ocurre con el nombramiento de personas para dirigir, enseñar o predicar. No somos competentes para elegir. Nadie es competente. Ni siquiera los apóstoles pretendieron hacerlo nunca. Los apóstoles nombraron ancianos, pero es erróneo suponer que los ancianos son idénticos a los dones en la Iglesia. Había un gran número de ancianos que no eran dones. Hoy en día no se puede tener un anciano, porque un anciano es designado directamente por el Señor.

Menciono esto para mostrar que, por mi parte, soy un ferviente defensor de las formas apostólicas y, por lo tanto, no reconozco en absoluto que se puedan estable-

cer nuevas formas según nuestra propia voluntad. Una de las razones por las que siento la ruina actual de la cristiandad es que no solo no se reconoce la autoridad de la Palabra, sino que se ejerce una autoridad ilegítima sin que el Señor la haya justificado.

La voluntad humana que se ejerce en tales cuestiones tiene una gran influencia moral en la profesión cristiana. Si no se tiene la autoridad del Señor, se tiene la voluntad del hombre. En las cosas de Dios, considero que esta voluntad es pecado. La misión de la Iglesia y del cristiano es hacer la voluntad de Dios en la tierra. De hecho, nuestra razón de ser en la tierra es simplemente ser siervos de Dios, por lo que estamos llamados a hacer su voluntad durante toda nuestra vida desde el momento en que somos redimidos por la sangre de Cristo. Por lo tanto, Dios no nos permite hacer nada por nuestra propia cuenta. Estoy convencido de que el hombre es incapaz de actuar correctamente por sí mismo y que necesitamos estar guiados constantemente por la Palabra y el poder del Espíritu de Dios.

Ahora bien, cuando se permite que la voluntad humana actúe, puede resultar cualquier mal. Una vez que se introduce el principio de la voluntad humana en un punto –por ejemplo, la elección de un pastor por parte de una congregación–, se puede, según el mismo sistema, elegir a un cardenal o a un papa. Todo se basa en el mismo principio erróneo.

Sin embargo, existe una autoridad suficiente para el momento actual. Existe una norma, y solo una: la Palabra de Dios. Parto del principio de que Dios prevé el fin desde el principio, así como todas las necesidades de los cristianos y de la Iglesia en la tierra, y que ha provisto en su Palabra no solo lo que era necesario entonces, sino también todo lo que sería necesario hasta que el Señor venga a tomarnos en la gloria. Entonces, confiando en la Palabra de Dios, nuestra primera tarea es descubrir cuál es realmente la voluntad de Dios. Descubro cuál es su voluntad cuando todo va bien, y luego encuentro la dirección que él da cuando las cosas van mal. Aprendo cuál es el estado normal de las cosas en lo que yo llamo el estado anormal de la Iglesia.

Sé que algunos piensan que Dios ha dejado abierta la cuestión del modo de gobierno de la Iglesia y que pueden cambiar el procedimiento según el país o las circunstancias. Rechazo esto como principio fundamental y digo que es falso, y no solo falso, sino que tiene las consecuencias más graves, porque da como resultado que no sea guiado por Dios, sino por los hombres.

Sostengo que el ministerio es una institución divina y que el estado de ruina de la

Iglesia no afecta en modo alguno al ministerio. Hay personas por encima de nosotros en el Señor, pero en cuanto se toca la fuente del ministerio, se separa el ministerio de los principios de la Palabra de Dios. Creo que tanto la Iglesia como el ministerio son instituciones divinas, pero para preservar su carácter divino, deben regirse por la Palabra de Dios y no por las nuevas invenciones y las ideas cambiantes de los hombres.

Sostengo que Ireneo y Justino Mártir [2], entre los más antiguos, son demasiado modernos. Para mí, aparte de los apóstoles, todos son modernos; considero que lo auténtico es lo que Dios ha revelado. Lejos de pensar que la Iglesia de Dios es según los hombres o que es modificable según las últimas modas, defiendo lo que es verdadero, antiguo y únicamente divino. Creo que eso es lo que todos deberíamos hacer, pero cada uno debe aprenderlo de Dios. No obligaría a ningún hermano en este punto.

[2] San Justino Mártir fue un filósofo y apologeta cristiano del siglo 2, conocido por intentar conciliar la filosofía pagana y la fe cristiana, y por escribir obras en defensa del cristianismo. San Ireneo, por su parte, fue obispo de Lyon, defensor de la tradición apostólica y destacado teólogo del siglo 2 que redactó importantes escritos, como *Contra las herejías*. Aunque ambos fueron figuras del cristianismo primitivo, sus funciones y contribuciones teológicas fueron distintas. (Fuente IA).

La expresión “ruina de la cristiandad” molesta a mucha gente [3]. Quizás el Señor quiera que moleste. Es bueno reprender a los que están equivocados. Admito que, si se pudiera explicar mejor este término, suavizaría lo que, al fin y al cabo, no es más que lo contrario de lo que experimentó Jeremías. El sabor es amargo, pero es dulce para el alma estar con Dios y tener la certeza de hacer su voluntad.

[3] NdT.: Por “*ruina de la cristiandad*” debemos entender: La ruina de la cristiandad en su responsabilidad en cuanto al testimonio que debería dar.

La profecía pronunciada por Jeremías a la puerta de la Casa de Jehová va desde el capítulo 7 hasta el final del capítulo 10.

3.8 - Capítulo 8

En el capítulo 8, Jehová reprocha a su pueblo ser más sordo que los animales y las aves, que no se distinguen por su sabiduría. «Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová» (v. 7).

El pueblo no conocía el tiempo: no conocían Su juicio; se creían a salvo. Se decían a sí mismos que tal vez las cosas no eran tan buenas como parecían, pero que tampoco eran tan malas como les decía Jeremías, ese hombre molesto. Así, gritaban «paz, paz», donde no había paz (vean v. 11). Ni siquiera se avergonzaban de haber cometido abominaciones. El profeta no podía sino lamentarse por ellos. «¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico? ¿Por qué, pues, no hubo medicina para la hija de mi pueblo?» (v. 22).

3.9 - Capítulo 9

En su dolor, Jeremías desea que su cabeza sea una fuente de lágrimas. «¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!» (v. 1).

Jeremías sentía la ruina de Israel. Era la ruina moral completa de la nación antes de que se produjera la ruina judicial. Aquí es exactamente donde estamos moralmente en la cristiandad hoy. Observemos que es más fácil demostrar la ruina moral en la cristiandad que la que había en Judea. Si le pregunto a un católico qué piensa sobre las cuestiones religiosas, dirá que es lamentable que haya tantos sistemas y divisiones y que no todos pertenezcan a la “verdadera Iglesia”. Si le hago la misma pregunta a un protestante, dirá que el estado de la Iglesia reformada y de la Iglesia ortodoxa es lamentable y, si es un ferviente partidario de las denominaciones, naturalmente no apreciará la fuerte rivalidad entre las sectas; y, con la excepción del optimista que siempre imagina lo mejor y de algunas personas de temperamento sanguíneo, casi todos admitirán que la condición general de la profesión cristiana está muy lejos de Dios y que es un ideal roto.

La fe juzgará que este estado general de alejamiento de la verdad es muy grave. ¿Cuál es la consecuencia? No es Nabucodonosor quien viene, ni el asirio, es el mismo Señor quien viene. Esto plantea una pregunta solemne: ¿podemos enfrentarnos al Señor con respecto a este terrible fracaso? Si ahora no puedo presentarme ante el

Señor moralmente, no me sentiré cómodo esperando la venida del Señor. El Señor juzgará lo que es malo, y ¡ay, ay de aquellos que, cuando él venga, sean hallados promoviendo y ayudando lo que es malo!

3.10 - Capítulo 10

Por eso, el capítulo 10 los llama a escuchar la Palabra que Jehová dirige a la casa de Israel. «Oíd la palabra que Jehová ha hablado sobre vosotros, oh casa de Israel. Así dijo Jehová: No aprendáis el camino de las naciones, ni de las señales del cielo tengáis temor, aunque las naciones las teman. Porque las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de manos de artífice con buril. Con plata y oro lo adornan; con clavos y martillo lo afirman para que no se mueva. Derechos están como palmera, y no hablan; son llevados, porque no pueden andar. No tengáis temor de ellos, porque ni pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder. No hay semejante a ti, oh Jehová; grande eres tú, y grande tu nombre en poderío. ¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones?» (v. 1-7).

Sus ídolos no son nada; el único que debe ser temido es Dios mismo. Hemos dicho que Jeremías era un profeta para las naciones, y aquí verán que a Jehová mismo se le llama «rey de las naciones», lo cual es otra particularidad del libro de Jeremías. Las naciones ocupan un lugar importante en esta profecía; y notemos aquí que este es el verdadero pensamiento en [Apocalipsis 15:3](#): «Oh rey de las naciones».

En la Escritura no existe el concepto de “rey de los santos”. La relación que el Señor mantiene con los santos no es la de un rey, sino la de un Jefe o Señor (o Esposo). Solo es rey en relación con Israel o con las naciones.

En [Apocalipsis 15:3-4](#), se trata de una cita de [Jeremías 10:7](#). Todos los manuscritos más antiguos contienen la expresión verdadera: «Rey de las naciones» [4].

[4] Solo lo menciono de pasada. Es más importante señalarlo en Escocia que en Inglaterra, porque allí está muy extendida la idea de que el Señor Jesús es el rey de la Iglesia o el rey de los santos, y esto desde que la asamblea de teólogos de Westminster cometió este error. En mi opinión, se trata de un error muy grave. Distorsiona la relación actual del Señor Jesucristo con sus santos.

No es que no sea su Señor. No. Él es el Señor, sin duda alguna. Del mismo modo,

Sara tenía sin duda razón al llamar así a su marido; está claro que el Espíritu de Dios lo piensa así y consigna esta reverencia en [1 Pedro 3:6](#), con la intención de que otros la sigan. Pero, no obstante, habría sido muy triste que Abraham fuera para ella solo su señor. No: Abraham era su marido y tenía responsabilidades para con Sara; y Sara no solo tenía deberes para con él. Considerar solo un aspecto de las relaciones, el que nos conviene, es muy parcial. No: una relación siempre implica deberes morales, y la relación del Señor Jesús con los santos no es solo una relación de autoridad, lo cual es perfectamente cierto, sino también una relación de amor, atención y afecto, como un hombre hacia su propia carne.

Ahora bien, este no es el caso de un rey. Un rey no está obligado a amar a todos sus súbditos como a su propia carne. Un rey no está obligado a dar a cada súbdito una parte de su reino. Sería ridículo esperar eso. Un rey da dignidad a sus propias hijas e hijos. Esto es totalmente justo y adecuado, debido a la relación familiar más estrecha que existe, y lo mismo ocurre entre Cristo y los santos. Si reduzco la Iglesia a una simple nación, a un simple pueblo, establezco entre ella y Cristo un vínculo distante en lugar de un vínculo de la mayor intimidad posible según todos los consejos de Dios.

Así pues, en mi opinión, se socava la bendición especial del cristiano si se hace de esta relación una relación entre un rey y su pueblo, en lugar de un vínculo entre una Cabeza y su Cuerpo. Si considero a Cristo como el Esposo de mi alma y de la Iglesia, si considero a Cristo no solo como mi Señor, sino también como el Jefe del que cada miembro obtiene su alimento y que es responsable de pensar en aquellos que dependen de Él, de cuidarlos, guiarlos y dirigirlos, tal pensamiento me da la mayor confianza en mi amor; y cuanto más simple es la fe, mayor es la fuerza que resulta para el alma.

Por el contrario, si hago del cristianismo una relación distante, la de un pueblo hacia un rey, sacrifico su aspecto máspreciado. Es evidente que puedo buscar en un rey una defensa contra los enemigos extranjeros, pero debo arreglármelas solo en la mayoría de mis asuntos. El rey no piensa mucho en mí ni en ti, y no podemos esperar que lo haga. No tengo ningún derecho personal a la proximidad del trono, y todo el mundo entiende esta distinción. Pero en las cosas divinas, esto tiene consecuencias nefastas. La idea de estar lejos de Cristo es coherente con la idea de ser libres para organizar nuestros planes a nuestro antojo y nuestra propia administración en la Iglesia.

3.11 - Capítulo 11

Llegamos ahora al capítulo 11, donde se da una nueva advertencia muy solemne a los hombres de Judá y Jerusalén. Por regla general, se observa una progresión en los mensajes de todos los profetas de Israel; las llamadas del Espíritu de Dios al pueblo se hacen más profundas. Así pues, aquí tenemos: «Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto, el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: Oíd mi voz, y cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios; para que confirme el juramento que hice a vuestros padres, que les daría la tierra que fluye leche y miel, como en este día. Y respondí y dije: Amén, oh Jehová» (v. 3-5).

Se les recuerda solemnemente su desobediencia. «Por tanto, así ha dicho Jehová: He aquí yo traigo sobre ellos mal» (v. 11). Ha llegado el momento de ejecutar la maldición, maldición que fue pronunciada en tiempos de Moisés y que se ejecutó en la época de Nabucodonosor. En consecuencia, se produjo un cambio radical en la relación del pueblo con Jehová. Ahora estaban claramente bajo la maldición, mientras que antes solo estaban bajo el castigo. Esto era nuevo; habían roto el pacto.

3.12 - Capítulo 12

Y luego, en el capítulo 12, Jeremías dice: «Justo eres tú, oh Jehová, para que yo dispute contigo; sin embargo, alegaré mi causa ante ti. ¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente? Los plantaste, y echaron raíces; crecieron y dieron fruto; cercano estás tú en sus bocas, pero lejos de sus corazones. Pero tú, oh Jehová, me conoces; me viste, y probaste mi corazón para contigo; arrebatálos como a ovejas para el degolladero, y señalalos para el día de la matanza. ¿Hasta cuándo estará desierta la tierra, y marchita la hierba de todo el campo? Por la maldad de los que en ella moran, faltaron los ganados y las aves; porque dijeron: No verá Dios nuestro fin».

Si corriste con los de a pie, y te cansaron, ¿cómo contendrás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán? Porque aun tus hermanos y la casa de tu padre, aun ellos se levantaron contra ti, aun ellos dieron grito en pos de ti. No los creas cuando bien te hablen».

He dejado mi casa, desamparé mi heredad, he entregado lo que amaba mi alma en

mano de sus enemigos. Mi heredad fue para mí como león en la selva; contra mí dio su rugido; por tanto, la aborrecí. ¿Es mi heredad para mí como ave de rapiña de muchos colores? ¿No están contra ella aves de rapiña en derredor? Venid, reuníos, vosotras todas las fieras del campo, venid a devorarla. Muchos pastores han destruido mi viña, hollaron mi heredad, convirtieron en desierto y soledad mi heredad preciosa. Fue puesta en asolamiento, y lloró sobre mí desolada; fue asolada toda la tierra, porque no hubo hombre que reflexionase. Sobre todas las alturas del desierto vinieron destruidores; porque la espada de Jehová devorará desde un extremo de la tierra hasta el otro; no habrá paz para ninguna carne. Sembraron trigo, y segaron espinos; tuvieron la heredad, mas no aprovecharon nada; se avergonzarán de sus frutos, a causa de la ardiente ira de Jehová».

Así dijo Jehová contra todos mis malos vecinos, que tocan la heredad que hice poseer a mi pueblo Israel: He aquí que yo los arrancaré de su tierra, y arrancaré de en medio de ellos a la casa de Judá. Y después que los haya arrancado, volveré y tendré misericordia de ellos, y los haré volver cada uno a su heredad y cada cual a su tierra» (v. 1-16).

3.13 - Capítulo 13

Después de declarar que Judá sufriría este juicio de Jehová, en el capítulo 13 se indica un acto simbólico como señal de lo que va a suceder. «Así me dijo Jehová: Ve y cómprate un cinto de lino, y ciñelo sobre tus lomos, y no lo metas en agua. Y compré el cinto conforme a la palabra de Jehová, y lo puse sobre mis lomos. Vino a mí segunda vez palabra de Jehová, diciendo: Toma el cinto que compraste, que está sobre tus lomos, y levántate y vete al Éufrates, y escóndelo allá en la hendidura de una peña. Fui, pues, y lo escondí junto al Éufrates, como Jehová me mandó. Y sucedió que después de muchos días me dijo Jehová: Levántate y vete al Éufrates, y toma de allí el cinto que te mandé esconder allá. Entonces fui al Éufrates, y cavé, y tomé el cinto del lugar donde lo había escondido; y he aquí que el cinto se había podrido; para ninguna cosa era bueno» (v. 1-7).

Luego, la Palabra de Jehová explica esta señal. «Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Así ha dicho Jehová: Así haré podrir la soberbia de Judá, y la mucha soberbia de Jerusalén. Este pueblo malo, que no quiere oír mis palabras, que anda en las imaginaciones de su corazón, y que va en pos de dioses ajenos para servirles, y para postrarse ante ellos, vendrá a ser como este cinto, que para ninguna cosa es bueno. Porque como el cinto se junta a los lomos del hombre, así hice juntar a mí toda la

casa de Israel y toda la casa de Judá, dice Jehová, para que me fuesen por pueblo y por fama, por alabanza y por honra; pero no escucharon. Les dirás, pues, esta palabra: Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Toda tinaja se llenará de vino. Y ellos te dirán: ¿No sabemos que toda tinaja se llenará de vino?» (v. 8-12).

Ahora se invita al pueblo para que tenga en cuenta la advertencia. «Escuchad y oíd; no os envanezcáis, pues Jehová ha hablado. Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y esperéis luz, y os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas. Mas si no oyereis esto, en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia; y llorando amargamente se desharán mis ojos en lágrimas, porque el rebaño de Jehová fue hecho cautivo. Di al rey y a la reina: Humillaos, sentaos en tierra; porque la corona de vuestra gloria ha caído de vuestras cabezas. Las ciudades del Neguev fueron cerradas, y no hubo quien las abriese; toda Judá fue transportada, llevada en cautiverio fue toda ella. Alzad vuestros ojos, y ved a los que vienen del norte. ¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey? ¿Qué dirás cuando él ponga como cabeza sobre ti a aquellos a quienes tú enseñaste a ser tus amigos? ¿No te darán dolores como de mujer que está de parto?» (v. 15-21). Así, en un lenguaje impactante, se anuncia que la desgracia caerá plenamente sobre Jerusalén.

3.14 - Capítulo 14

En el capítulo 14 se habla del envío de una hambruna, que causará muerte y destrucción, como señal del descontento de Dios. «Se enlutó Judá, y sus puertas se despoblaron; se sentaron tristes en tierra, y subió el clamor de Jerusalén» (v. 2). Sus nobles están todos confundidos, pero son sobre todo los profetas los que eran malvados (v. 14-15). Los que deberían haber sido los mejores de Israel eran en realidad los peores. El descontento de Dios se dirigía más especialmente a los falsos profetas.

3.15 - Capítulo 15

Esta condena del pueblo es tan fuerte que Jehová declara que la situación actual en Jerusalén y en Judá es tal que, aunque aparecieran en el país los hombres mejores que jamás hayan existido y los más conocidos por sus intercesiones, no podrían cambiar Su firme decisión de juzgar al país. «Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo; échalos de mi presencia, y salgan»

(v. 1).

Pero entonces, ¿qué debía hacer el justo? ¿Qué podía buscar? El propio Jeremías da la respuesta: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos» (v. 16). Ese era su recurso, y ese es el recurso de todos los fieles en un día de apostasía.

Las Palabras del Señor se vuelven cada vez más preciosas para un corazón piadoso en estos tiempos de ruina en los que el juicio está a punto de caer. Por eso el apóstol Pablo, cuando advierte a los ancianos de Éfeso, les indica este recurso. «Y ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia» ([Hec. 20:32](#)). Anuncia que los seductores, los lobos y los hombres perversos no perdonarán al rebaño, pero su consejo es el siguiente: «Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia». Así, en la Epístola a Timoteo, donde Pablo habla de los últimos días y de los tiempos difíciles que se avecinan, dice: «Toda la Escritura está inspirada por Dios» ([2 Tim. 3:16](#)), subrayando en particular el valor de los escritos del Antiguo Testamento. «Toda la Escritura» incluye tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo.

Pedro también destaca el mismo carácter de la Palabra de Dios. Pedro estaba a punto de marcharse; había recibido esta indicación del Señor. Pronto abandonaría su morada terrenal. En vista de su ausencia como apóstol, les recuerda que guarden en su memoria las palabras de verdad que habían oído ([2 Pe. 1](#)). La Palabra de Dios debe ser siempre la marca distintiva y el ancla de la esperanza para quien cree en Dios.

Recuerdo que el famoso obispo Horsley hizo, hace unos años, unas acertadas observaciones al respecto. Sentía profundamente la inminente ruina de la cristiandad y se atrevía a pensar que, cuando las cosas que Dios había hecho entre su pueblo estuvieran completamente en manos de hombres que no le temían, Dios despertaría en el corazón de su pueblo un sentimiento del valor de su Palabra tal que los llevaría a un grado de inteligencia desconocido en el estado anterior de la Iglesia.

Esta convicción es una declaración notable de lo que, en mi opinión, siempre ha sido cierto en los caminos de Dios. Así fue en la época de nuestro Señor. La destrucción de Jerusalén era entonces inminente, y los Ana, los Simeón y los que esperaban la redención y la destrucción de Jerusalén eran las personas a las que se refería Malaquías al final de su libro: «Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero» ([3:16](#)), y el Señor los recuerda de manera especial. No dudo que, de la misma manera, el Señor actúa y actuará para aquellos que valoran su

Palabra hasta que el juicio caiga sobre la cristiandad.

En el versículo 19, este amor por las Palabras de Dios tiene una continuación: «Por tanto, así dijo Jehová: Si te convirtieres, yo te restauraré, y delante de mí estarás; y si entresacares lo precioso de lo vil, serás como mi boca». La gran preocupación de los creyentes en estos tiempos difíciles no es mezclarse con lo vil, sino buscar lo precioso.

El Evangelio busca lo vil porque es la forma en que Dios hace precioso lo vil. Pero el pueblo de Dios solo debe ocuparse de lo malo para rechazarlo. Debe buscar lo que es bueno para proclamarlo. Eso es precisamente lo que se le pide a Jeremías: «Si entresacares lo precioso de lo vil, serás como mi boca». Es decir, serás capaz de proclamar mi verdad y mi gracia. Serás el recipiente de mi pensamiento, lo que es la boca. «Conviértanse ellos a ti, y tú no te conviertas a ellos», es decir, no te metas en sus asuntos, pero si amas mi pensamiento, mis Palabras, mi verdad, serás una bendición para ellos.

Lo esencial es separar lo que es valioso de lo que es vil.

«Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce, y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte» (v. 20). La protección infalible de Dios acompaña a su testimonio mientras Él lo envía, y él mismo está con sus testigos.

3.16 - Capítulo 16

Así, la desgracia venidera se anuncia de manera aún más afligida. Ya no se trata solo de escasez, sino de muerte, y la palabra dirigida a Jeremías es: «No entres en casa de luto, ni vayas a lamentar, ni los consueles» (v. 5). El tiempo no lo permitía. Cuando los muertos son pocos, es posible lamentarse juntos, pero cuando la muerte está en cada casa, es demasiado tarde.

«Porque así ha dicho Jehová: No entres en casa de luto, ni vayas a lamentar, ni los consueles; porque yo he quitado mi paz de este pueblo, dice Jehová, mi misericordia y mis piedades. Morirán en esta tierra grandes y pequeños; no se enterrarán, ni los plañirán, ni se rasgarán ni se raerán los cabellos por ellos; ni partirán pan por ellos en el luto» (v. 5-7). El texto dice “desgarrarse”, pero me parece que el significado es más bien lo que se dice en la nota: «partir el pan» (NdT versión KJV).

Esta práctica de partir el pan en relación con la muerte parece ser el origen de lo que

el Señor Jesús consagró como gran memorial de Su recuerdo. «Ni partirán pan por ellos en el luto para consolarlos de sus muertos; ni les darán a beber vaso de consolaciones». Aquí tenemos la Cena, en sus 2 partes. Era una costumbre familiar entre los judíos, pero el Señor le dio un significado único y le imprimió una nueva verdad. Estaba relacionada con la Pascua, porque, como sabemos, fue entonces cuando se instituyó. Había una razón especial para que se instituyera en ese momento y en ningún otro, ya que debía marcar el notable cambio con respecto a la gran fiesta central y fundamental de Israel. Se instituyó una fiesta nueva y diferente para los cristianos.

Luego, en este capítulo, se da una promesa de restauración futura. «No obstante, he aquí vienen días, dice Jehová, en que no se dirá más: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de tierra de Egipto; sino: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras adonde los había arrojado; y los volveré a su tierra, la cual di a sus padres» (v. 14-15). Así, el mismo capítulo que anuncia solemnemente el juicio da la promesa de su liberación final, ya que esta tendrá lugar después del cautiverio babilónico, siendo Babilonia «la tierra del norte» a la que se refiere aquí.

3.17 - Capítulo 17

El profeta declara que no solo el pecado de Israel era tan grave, sino también el de Judá. Además, corrían el riesgo de confiar en el hombre y en el brazo de la carne (v. 5). Cuando la situación se vuelve tan mala y corrupta, solo se puede confiar en Dios. Debemos volvernos hacia él, y si confiamos en él, la bendición del Señor es tal que ningún día es demasiado oscuro para que Dios nos dé las más ricas bendiciones y la luz de su presencia. Este tema se aborda de manera muy llamativa en este contexto.

3.18 - Capítulo 18

En este capítulo, la casa del alfarero está presentada como un signo profético. La casa de Israel era, por supuesto, el barro que el alfarero debía moldear: «He aquí que, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel» (v. 6). Jehová muestra el caso desesperado de este pueblo, con el que se había esforzado tanto. El hecho de enviarles sus preciosas Palabras provocó su ira y su odio hacia Su siervo. Jeremías era el principal objetivo de su animosidad. «Y

dijeron: Venid y maquinemos contra Jeremías; porque la ley no faltará al sacerdote, ni el consejo al sabio, ni la palabra al profeta. Venid e hirámoslo de lengua, y no atendamos a ninguna de sus palabras» (v. 18). Estaban extremadamente celosos de él, considerándolo un intruso.

3.19 - Capítulo 19

Este capítulo desarrolla más la señal del vaso de barro del alfarero. Ahora se destaca el valle del hijo de Hinom, que siempre evoca el juicio. «Por tanto, he aquí vienen días, dice Jehová, que este lugar no se llamará más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza» (v. 6). Tofet evoca el gran juicio que el Señor mismo ejecutará cuando venga. No es simplemente el lugar donde el hombre ejecuta el juicio. El tema es claramente el juicio de Jerusalén.

3.20 - Capítulos 19:14 al 20

Ahora tenemos un pasaje histórico que habla de la persecución del profeta por parte de los sacerdotes. Pasur, hijo de Imer, el sacerdote, estaba muy irritado y recurrió a la violencia corporal contra el profeta. Jeremías le dijo que su nombre debería ser “Magor-misabib”, es decir, «temor por todas partes». Este hombre que fue tan atrevido con Jeremías pronto sería humillado y se llenaría de temor por lo que le iba a suceder. Este ataque de Pasur lleva a Jeremías a revelar sus profundos sentimientos. Su lenguaje es muy hermoso. No había forma de endurecer su corazón contra la persecución. Sin duda, su boca era como el acero, pero su corazón era en realidad muy tierno, y sentía una profunda angustia por lo que se veía obligado a pronunciar contra su adversario. Así, el hombre que parecía no poder estar atado por nada estaba en realidad atado por el mayor dolor ante Dios, y terminó expresándolo a Jehová. «Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito. Maldito el hombre que dio nuevas a mi padre, diciendo: Hijo varón te ha nacido, haciéndole alegrarse así mucho» (v. 14-15).

Jeremías, sin embargo, contrasta claramente con nuestro Señor, quien, cuanto más era rechazado, más feliz era en cierto sentido. La razón es que no buscaba sus propios intereses; dijo por el Espíritu: «Los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí» (Sal. 69:9). Él estaba aquí solo para magnificar a Dios. Si el mayor sufrimiento podía magnificar más a Dios, él estaba dispuesto a recibirlo. Pero no podía

orar por lo peor de todo: no podía desear que Dios lo abandonara. Tal petición era imposible. Habría mostrado una verdadera dureza, y no su perfección; pero el Señor Jesús era perfecto en todo y en todos los aspectos.

3.21 - Capítulo 21

La profecía de Jeremías continúa. Jehová denuncia especialmente a la casa real de David. El pecado de Sedequías era aún más grave. La culpa del pueblo, de los sacerdotes y de los profetas ya había sido expuesta, pero ahora es el jefe responsable de la nación quien es condenado. No había ninguna excepción; la ruina de Judá era total.

La realeza siempre había sido la última fuente de bendición en la historia de Israel. Si tan solo el rey hubiera sido justo, aunque el pueblo y los profetas estuvieran equivocados, Dios habría enviado sus bendiciones a Israel. Todo dependía del rey, el descendiente de David. Dios podría haber castigado a los profetas, a los sacerdotes y al pueblo, pero los habría apoyado por amor a su siervo David. Pero cuando se descarriaron y el propio rey se convirtió en el jefe de la maldad, fue completamente imposible mantenerlos, y Jeremías tuvo la triste tarea de pronunciar esta decisión divina. Esta responsabilidad que recayó sobre los hombros de Sedequías da toda su importancia a lo que dijo: «Y a la casa del rey de Judá dirás: Oíd palabra de Jehová: Casa de David, así dijo Jehová: Haced de mañana juicio, y librad al oprimido de mano del opresor, para que mi ira no salga como fuego, y se encienda y no haya quien lo apague, por la maldad de vuestras obras» (v. 11-12).

3.22 - Capítulo 22

Ahora se examina con más detalle el pecado de los representantes de la casa de David. Además de Sedequías, Salum (Joacaz), hijo de Josías (v. 11), Joacim, también hijo de Josías (v. 18), y Conías (hijo de Joacim, v. 24) son acusados de ser malos gobernantes en una época crítica en la que la monarquía estaba llegando a su fin.

Los reyes citados no están ordenados cronológicamente, sino que el objetivo es agrupar las diferentes profecías contra los distintos reyes de Judá para mostrar que prácticamente no había diferencia entre ellos. Quizás algunos eran un poco más violentos e injustos que otros, pero todos eran infieles e impíos. Por eso Jehová pronunció esta solemne sentencia: «¡Tierra, tierra, tierra! oye palabra de Jehová. Así

ha dicho Jehová: Escribid lo que sucederá a este hombre privado de descendencia, hombre a quien nada próspero sucederá en todos los días de su vida; porque ninguno de su descendencia logrará sentarse sobre el trono de David, ni reinar sobre Judá» (v. 29-30). Esto no significa que la descendencia de David desaparecerá, sino que la descendencia de este hombre desaparecerá.

3.23 - Capítulo 23

Este capítulo pronuncia una maldición sobre los pastores en general. Por pastores, el profeta se refiere a los reyes que deberían haber asegurado la protección y la subsistencia del pueblo. Pero ellos dispersaron y destruyeron las ovejas del rebaño de Jehová. Sin embargo, Él iba a suscitar un soberano y un rey-pastor competente para sus ovejas. «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y éste será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra» (v. 5-6).

Es evidente que esta profecía se refiere al Mesías, el Señor Jesús. Pero el Mesías es el Señor Jesús en relación con Israel más que con nosotros. Es importante mantener esto firme. No perdemos nada. Muchas personas piensan que, si estas profecías no se aplican a los cristianos y a la Iglesia, estamos perdiendo algo. La honestidad siempre es la mejor política. No se puede quitar algo a su vecino sin perder mucho más de lo que pierde él. Es cierto que él sufrirá una pequeña pérdida, pero ustedes sufrirán una terrible. Si esto es cierto en las cosas naturales, lo es aún más en las cosas espirituales. No privarán ustedes a Israel de una fracción de su parte sin que os empobrezcáis enormemente.

Hay que recordar que la naturaleza y el tipo de bendición de la que disfrutará Israel son diferentes a los nuestros. Esta diferencia se debe al Señor mismo. El Señor Jesús será el Jefe de los cielos y de la tierra, y aunque es muy valioso estar bendecido en la tierra, es mejor ser bendecido en los cielos. Esta es precisamente la diferencia entre un judío y un cristiano. La bendición propia del judío es terrenal, bajo Cristo. La bendición propia del cristiano es celestial, con Cristo. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido» –no a ellos– «con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Efe. 1:3).

Por lo tanto, cuando un cristiano se apropia de las bendiciones de Israel como bendiciones cristianas, pierde de vista su propia bendición celestial, distinta, y cae más

o menos en la medida de la bendición de un judío. Concedo que adoptar este principio general es correcto, pero hacerlo sin sobrepasar los límites requiere prudencia y discernimiento. Por desgracia, quienes confunden a los cristianos con los judíos carecen de estas cualidades. Por lo tanto, calificaría esta interpretación común como una confusa mezcla de doctrinas bíblicas, que hace perder todo el poder de la verdad.

Toda la fuerza de la verdad sobre la conciencia y el caminar depende de su claridad. Si se embota el filo de la verdad, si se inutiliza la espada de doble filo, me parece que su valor para el alma se pierde prácticamente. Ahora bien, esta destrucción del valor proviene de la mezcla entre los elementos judíos y cristianos. El hecho es que Dios ha establecido claramente una distinción entre ambos. Ha escrito un conjunto de verdades en un idioma y el otro conjunto en otro idioma. El Espíritu Santo escribió el Antiguo Testamento en hebreo y el Nuevo Testamento en griego. Si el hombre considera que ambas revelaciones son idénticas, comete un grave error.

Si ustedes dicen que ambos Testamentos son de inspiración divina, estoy de acuerdo y me alegro; espero que siempre permanezcan fieles a esta verdad. De hecho, no se puede ser demasiado firme al defender que la inspiración se refiere a cada palabra de las Escrituras, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, al tiempo que se reconocen los errores de los copistas. No me opongo a investigar estos casos particulares. Admito que aquí y allá hay algunas palabras que han sido intercaladas por negligencia de los escribas, pero son muy pocas y todas bien conocidas. No afectan en modo alguno a la exactitud y autoridad divinas de las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Cada uno de los 2 volúmenes tiene su propio punto de vista. El Antiguo Testamento considera al hombre en la carne, tanto al judío como al gentil. El Nuevo Testamento considera a la Iglesia de Dios, compuesta por los llamados de entre los judíos y los gentiles. Estos se sitúan entre el momento en que los judíos dejaron de ser reconocidos y el momento en que volverán a serlos. Nos deslizamos, por así decirlo, entre los 2 períodos, el pasado y el futuro, listos para abandonar la tierra y entrar en los cielos para siempre. Ese es nuestro lugar, según el llamado divino.

Nuestra esperanza cristiana distintiva no es solo que Cristo nos gobierne, sino que reinaremos con él. Por lo tanto, retomar palabras proféticas como: «Levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra» (v. 5), y aplicarlas a la Iglesia equivale a rebajar el estatus de la Iglesia del cielo a la tierra. Esto debería advertir solemnemente a las almas sobre el peligro

de su interpretación, ya que una característica importante de las falsas pretensiones del papado es tener la supremacía sobre la tierra.

Los exégetas católicos han sido los líderes de esta falsa interpretación. Han sido engañados por los “padres de la Iglesia”, que pensaban que estas profecías del Antiguo Testamento se referían al cristianismo. En consecuencia, el papismo ha tratado de hacer que la Iglesia gobierne entre las naciones, de convertir al papa en rey de reyes y de someter a todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas al dominio de la sede de Roma. El gobierno del mundo es su objetivo declarado, y para respaldar esta reivindicación, se aplican a sí mismos todas estas promesas relativas a Israel.

Pero el Señor juzgará estas escandalosas pretensiones mentirosas. Además, reservará la tierra para el pueblo judío en el momento mismo en que el papado, la Babilonia del Nuevo Testamento, será destruido por el juicio divino.

Por lo tanto, debemos tener cuidado de no extraviarnos en nuestras interpretaciones, porque si tomamos un camino equivocado, no sabemos a qué confusión y error nos llevará.

«En aquellos días será salvo Judá, e Israel habitará confiado» (v. 6). Es absurdo intentar «espiritualizar» este pasaje, como se dice, porque Judá e Israel son una sola y misma cosa espiritualmente hablando. En cualquier caso, me gustaría oír a alguien aclarar la diferencia. Quizás el partido tractariano [5] la definiría, ya que ellos piensan que Judá es la Iglesia Alta e Israel es la Iglesia Baja y los disidentes.

[5] Relacionado con un movimiento filosófico y religioso nacido en Inglaterra en 1.833 con la intención de revivir los fundamentos del dogma católico en la religión anglicana.

«Este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra. Por tanto, he aquí que vienen días, dice Jehová, en que no dirán más: Vive Jehová que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, sino: Vive Jehová que hizo subir y trajo la descendencia de la casa de Israel de tierra del norte, y de todas las tierras adonde yo los había echado; y habitarán en su tierra» (v. 6-8). Está claro que este pasaje habla de la liberación de todo el pueblo terrenal, las 10 tribus y las 2 tribus, y de nada más. Podemos tomar la promesa de la restauración de Israel para mostrar cuán bueno es el Señor con nosotros, pero nada más. Nunca hemos sido expulsados de nuestra herencia como lo fue Israel, esa es la verdad. Quizás no hayamos sabido apropiarnos de los dones de Dios o quizás hayamos abandonado nuestras bendiciones, pero Dios

nunca ha expulsado a los cristianos de su lugar legítimo en Cristo Jesús.

La idea misma de espiritualizar las profecías es fundamentalmente errónea. Nunca se puede hacer en detalle. Esta teoría solo existe en la niebla. Mientras se está en la niebla espiritual, se imagina que estos pasajes pueden tomarse en un sentido vago, pero tan pronto como se observa la precisión de la Palabra de Dios, esa ilusión se desvanece.

En la última parte del capítulo 23, el valor de la Palabra de Jehová se subraya de nuevo con fuerza, y de una manera interesante. Los falsos profetas, los sacerdotes profanos y todos los demás soñadores han hablado para engañar, pero Jehová permanece fiel a sus propias declaraciones; ¿cómo? ¿Por qué iban a prestar atención? ¿Sobre qué base? Sobre la base de su poder intrínseco. «¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?» (v. 28). Es lo que tiene valor, el trigo, lo que decide.

Nunca he visto una tradición que no fuera claramente paja, ni un pensamiento humano que tuviera valor en las cosas de Dios. Tomemos algo de Dios; cuando nuestra fe espera el espíritu de Dios, tenemos el trigo. Dicho de otro modo, la verdad de Dios no es una cuestión de investigación histórica, sino que es lo que más conviene y más directamente a alguien sencillo. ¿Qué sería de los pobres y los sencillos si tuvieran que llevar a cabo todo tipo de largas investigaciones para descubrir cuál es la Palabra de Dios?

Cuando un hombre tiene hambre, denle un trozo de pan y sabrá muy bien que es pan. Puede que nunca haya visto ese tipo de pan antes, y puede que nunca lo haya probado, pero está convencido de que es pan. Si les dan un trozo de madera, sabrá que no es pan. Así, según los criterios humanos, un hombre puede ser considerado muy ignorante, pero existe una especie de prueba práctica mediante la cual Dios protege a los más sencillos de su pueblo. «¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?». La verdad de Dios siempre se impone a la conciencia de quienes la escuchan.

Los que escuchan pueden tener prejuicios. Pueden tener dificultades, pero estas solo provienen de su fuerte voluntad, que se aferra ciegamente a lo que está acostumbrada; porque nadie que haya bebido vino viejo desea inmediatamente vino nuevo, ya que dice que el antiguo es mejor. Se ha acostumbrado a lo que ha oído desde su infancia, de modo que, aunque el Señor Jesús le presente el vino nuevo, la fuerza de los viejos hábitos y prejuicios es considerable. Sin embargo, el hombre tiene conciencia, y lo que viene de Dios y revela a Cristo a su alma siempre encuentra respuesta en su corazón, aunque su fuerte voluntad pueda llevarlo a despreciar la Palabra de Dios, a rechazarla e incluso a resistirse a ella.

3.24 - Capítulo 24

El estado de la nación judía se describe mediante las 2 cestas de higos a las que ya he aludido. No necesito decir mucho al respecto, salvo hacer una observación sobre los higos buenos. «Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Como a estos higos buenos, así miraré a los transportados de Judá, a los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien» (v. 5).

Jehová consideraba que su exilio era para su bien. Este es un punto muy importante. En los días de ruina, la fe siempre reconoce el castigo de Dios y se somete a él. La incredulidad siempre se resiste y considera patriotismo o tal vez religión el hecho de oponerse a ella. Jeremías parecía ser, a los ojos de los hombres de Judá, un falso judío por esta razón. Él siempre les aconsejaba que se sometieran al rey de Babilonia. Ellos se consideraban mucho mejores judíos, porque estaban dispuestos a luchar contra el rey de Babilonia.

Pero la pregunta era: ¿qué había dicho Dios? Él le había dicho a su profeta Jeremías que el único camino en el que se estaba a salvo y la única manera de honrarlo era someterse al rey de Babilonia. Puede que el rey de Babilonia fuera muy malvado, pero el pueblo de Dios también lo era, y fue para juzgar su maldad que Dios los entregó en manos del rey de Babilonia.

Ahora bien, la fe siempre se inclina ante la voluntad de Dios. Si la fe me dice que resista, resisto. Si la fe me dice que ceda, estoy obligado a hacerlo. Jeremías no resistió, sino que cedió. Los higos malos resistieron y, en lugar de ceder, se refugiaron en Egipto para intentar contrarrestar el poder del rey de Babilonia con poder político y ayuda militar. Jehová les dijo que los higos buenos eran los que se habían sometido y que, en la época de Joaquín, habían sido llevados cautivos a Babilonia.

«Y como los higos malos, que de malos no se pueden comer, así ha dicho Jehová, pondré a Sedequías rey de Judá, a sus príncipes y al resto de Jerusalén que quedó en esta tierra, y a los que moran en la tierra de Egipto. Y los daré por escarnio y por mal a todos los reinos de la tierra; por infamia, por ejemplo, por refrán y por maldición a todos los lugares adonde yo los arroje. Y enviaré sobre ellos espada, hambre y pestilencia, hasta que sean exterminados de la tierra que les di a ellos y a sus padres» (v. 8-10). Tal era el destino diferente que esperaba a los que permanecieron hasta los días de Sedequías.

3.25 - Capítulo 25

Este capítulo es el centro de las profecías de Jeremías y, por lo tanto, el lugar ideal para hacer una pausa en este breve resumen de la profecía. «Palabra que vino a Jeremías acerca de todo el pueblo de Judá en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, el cual era el año primero de Nabucodonosor rey de Babilonia» (v. 1).

Aquí está presentado Nabucodonosor, rey de Babilonia, el gran opresor de los judíos; Jehová les había advertido. Le había dicho a su pueblo lo que sucedería si no se arrepentían, y ellos no se arrepintieron. Ahora anuncia: «He aquí enviaré y tomaré a todas las tribus del norte, dice Jehová, y a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo» (v. 9).

Esta palabra es notable. Ya no era “Sedequías, mi siervo”, sino «Nabucodonosor, mi siervo». Los hijos de Israel y de Judá estaban a punto de perder su lugar privilegiado como nación de Dios. Ya no serían siervos de Dios, lo cual era un honor especial, sino que simplemente estarían bajo su providencia. Nabucodonosor, el gentil idólatra, podía ser su siervo al igual que cualquier otro.

Jehová enuncia detalladamente su sentencia sobre Jerusalén y otras naciones. Dice: «Y haré que desaparezca de entre ellos la voz de gozo y la voz de alegría, la voz de desposado y la voz de desposada, ruido de molino y luz de lámpara. Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años.

>Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre. Y traeré sobre aquella tierra todas mis palabras que he hablado contra ella, con todo lo que está escrito en este libro, profetizado por Jeremías contra todas las naciones. Porque también ellas serán sojuzgadas por muchas naciones y grandes reyes; y yo les pagaré conforme a sus hechos, y conforme a la obra de sus manos.

>Porque así me dijo Jehová Dios de Israel: Toma de mi mano la copa del vino de este furor, y da a beber de él a todas las naciones a las cuales yo te envío. Y beberán, y temblarán y enloquecerán, a causa de la espada que yo envío entre ellas. Y tomé la copa de la mano de Jehová, y di de beber a todas las naciones, a las cuales me envió Jehová: a Jerusalén, a las ciudades de Judá y a sus reyes, y a sus príncipes, para ponerlos en ruinas, en escarnio y en burla y en maldición, como hasta hoy» (v. 10-18).

Solo en ese momento se incluye a los hijos de Israel entre las naciones. Como pueblo, habían perdido su lugar especial ante Dios. Lo habían perdido moralmente y ahora lo perdían judicialmente. Dios nunca juzga a las personas antes de que su propia conciencia las haya juzgado. Jehová no expulsó al primer hombre del paraíso antes de que este huyera de su presencia. Adán huyó para esconderse de Dios, y Dios no lo condenó hasta después de que su propia conciencia ya lo hubiera condenado. Lo mismo ocurre siempre con todas las almas.

Ahora, cuando el juicio divino cae sobre las naciones que rodean Palestina, entre las primeras naciones en ser juzgadas se encuentran Jerusalén y Judá. Todas ellas están corrompidas, completamente corrompidas. Es inútil buscar diferencias de culpabilidad entre ellas. De hecho, los privilegios especiales de Judá solo tienen como resultado que Judá sea la primera en ser juzgada. Jerusalén es juzgada al comienzo de los 70 años y Babilonia es juzgada al final de ese período. Es solo una diferencia de tiempo; todos son juzgados finalmente.

El capítulo habla en términos tan generales y amplios que, aunque estas profecías se cumplieron en cierta medida cuando Nabucodonosor fue juzgado, Dios realmente mira hacia el fin de los tiempos, ese gran momento en el que todas las profecías se cumplirán.

4 - Segunda parte: Capítulos 26 al 52

4.1 - Capítulo 26

La segunda parte de Jeremías comienza en el capítulo 26 y se distingue por el hecho de que trata de circunstancias particulares en lugar de la prueba general de la iniquidad de los judíos y de las naciones que los llevó a todos a ser sometidos a Nabucodonosor.

A continuación, se detalla el ambiente moral. «En el principio del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra de Jehová, diciendo: Así ha dicho Jehová» (v. 1-2). Josías es aquel bajo cuyo reinado tuvo lugar la restauración mencionada anteriormente. Esta despertó en las mentes piadosas la breve esperanza de un cambio duradero hacia Dios en el pueblo, pero esa esperanza era ilusoria. De hecho, nunca debemos alimentar tales esperanzas.

Una vez que el declive se ha instalado, puede haber una recuperación y una bendi-

ción temporales, e incluso puede haber una bendición más profunda a medida que el mal se agrava. La luz que Dios concede a los fieles puede volverse cada vez más brillante, como luces en un rincón oscuro. Pero una vez que el mal invade a la masa de los que llevan el nombre del Señor, solo corrompe cada vez más, como la levadura. El hombre no puede detener su avance, y Dios mismo no quita la levadura. Dios permite que el mal crezca en intensidad y presunción para que su juicio sea necesario y sea sentido como tal por aquellos que conocen el secreto de Jehová.

Cuando el corazón de los piadosos se ve abrumado por el mal que prevalece, se ven llevados, como Jeremías, a cuidar más de su propia alma y a separarse del mal y, por otra parte, a clamar a Dios por su nación con mucho más fervor que si todo fuera bien. Así se produce un doble bien. Los hijos de Dios aprenden a odiar el mal con un odio profundo y santo y, por otra parte, desconfían de sí mismos y apartan su mirada de la tierra para volverse hacia el Señor en busca de su ayuda y liberación. Estos 2 efectos son producidos especialmente en el alma por el Espíritu de Dios en un día malo.

La gran crisis de la historia nacional que nos está presentada tiene lugar en la época de Joacim, y no podría haber ocurrido antes. Bajo Josías, el mal era aparentemente limitado. La piedad del rey había influido en la nación y le había valido la bendición de Dios, pero cuando su hijo Joacim subió al trono, el pueblo no tenía ningún fundamento moral para beneficiarse del favor de Dios.

Por eso «Así ha dicho Jehová: Ponte en el atrio de la casa de Jehová, y habla a todas las ciudades de Judá, que vienen para adorar en la casa de Jehová, todas las palabras que yo te mandé hablarles; no retengas palabra. Quizá oigan, y se vuelvan cada uno de su mal camino, y me arrepentiré yo del mal que pienso hacerles por la maldad de sus obras» (v. 2-3).

Esta nueva misión encomendada al profeta no tiene el mismo significado. Jeremías ya había recibido su gran llamado, como vimos en el capítulo 1. Ahora, al comienzo de la segunda parte del libro, se dirige nuevamente al pueblo y lo exhorta a no quitar ni una sola palabra de lo que Dios le ha dicho al pueblo por medio de él.

«Les dirás, pues: Así ha dicho Jehová: Si no me oyereis para andar en mi ley, la cual puse ante vosotros, para atender a las palabras de mis siervos los profetas, que yo os envío desde temprano y sin cesar, a los cuales no habéis oído, yo pondré esta casa como Silo, y esta ciudad la pondré por maldición a todas las naciones de la tierra.

>Y los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo oyeron a Jeremías hablar estas pa-

labras en la casa de Jehová» (4-7).

Vemos que, tras esta advertencia, se produjo una división entre el pueblo. Algunos escucharon las palabras de Jeremías y lo defendieron (17-24), otros se endurecieron contra él y trataron de quitarle la vida, siendo los sacerdotes los más violentos. «Y cuando terminó de hablar Jeremías todo lo que Jehová le había mandado que hablase a todo el pueblo, los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo le echaron mano, diciendo: De cierto morirás» (v. 8).

Se indignaban porque el profeta anunciaba la ruina del santo templo de Jehová. Les parecía que sus anuncios de juicio cuestionaban la bendición de Jehová sobre la nación y su elección de Israel como su pueblo. ¿No demostraban sus palabras que Jeremías tenía menos confianza y menos fe en Jehová que ellos?

«Y los príncipes de Judá oyeron estas cosas, y subieron de la casa del rey a la casa de Jehová, y se sentaron en la entrada de la puerta nueva de la casa de Jehová. Entonces hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: En pena de muerte ha incurrido este hombre» (v. 10-11). Los príncipes de Judá demostraron tener más conciencia que el pueblo, los sacerdotes o los profetas. Los sacerdotes influían en el pueblo, como solía ser habitual, y los príncipes, que eran hombres de espíritu más independiente y menos influenciados por los sentimientos de la masa, se vieron impresionados en cierta medida por el peso y la solemnidad de las advertencias del profeta.

Jeremías se dirige, por tanto, a todos los príncipes y a todo el pueblo. Ya no protesta ante los sacerdotes y los profetas, porque estos están completamente endurecidos y vendidos al mal, sino que apela a los príncipes y al pueblo, que, al fin y al cabo, es simple. Y dice: «Jehová me envió a profetizar contra esta casa» (v. 12). No profetizaba movido por sentimientos personales. No estaba motivado por una animosidad personal. No pensaban en absoluto que Jeremías se complacería en la destrucción de su propia ciudad y del santuario de Jehová.

«Mejorad ahora vuestros caminos y vuestras obras, y oíd la voz de Jehová vuestro Dios, y se arrepentirá Jehová del mal que ha hablado contra vosotros» (v. 13). Las profecías de Jeremías son más condicionales que todas las demás, excepto las de Jonás. Incluso se expresan de manera más condicional que las de Jonás. Jonás no puso como condición: “Si os arrepentís, Dios perdonará a Nínive”. Pero Jeremías pone esta condición: «Oíd la voz de Jehová vuestro Dios, y se arrepentirá Jehová del mal que ha hablado contra vosotros».

Pero la razón por la que las profecías de Jeremías son más condicionales es que, más que cualquier otro profeta, alude al inminente juicio de Israel y de las naciones por parte de Nabucodonosor. Y como ese juicio era solo temporal, se establece una condición para la profecía. Cuando la venida del Señor Jesucristo y el juicio que ejecutará constituyen el tema principal en el pensamiento del Espíritu Santo, no se expresa ninguna condición de arrepentimiento. Allí, Dios tiene claramente ante sí el resultado de la terrible apostasía del hombre: los judíos, los gentiles y, ahora podemos añadir, la cristiandad. Por lo tanto, en la medida en que la magnitud de la maldad que se juzgará es cierta, la venida del Señor para juzgar esa maldad también es cierta. Es un acontecimiento fijo y, por lo que yo sé, esta venida para juzgar nunca se expresa de manera condicional. No hay ninguna advertencia del tipo: “Si os arrepentís, el Señor no vendrá”. De hecho, eso sería como una deshonra para el Señor Jesús.

Pero como solo se trataba de un instrumento terrenal que debía utilizarse en este caso para infligir los juicios, entendemos bien que Jehová pudiera decir: “Si os arrepentís, no enviaré a Nabucodonosor de Babilonia para aplastaros”. Por eso, en mi opinión, este carácter aparece más en Jeremías que en cualquier otro lugar. Además, aunque es totalmente erróneo aplicar las profecías de Jeremías exclusivamente a la época de Nabucodonosor, no es menos cierto que el Nabucodonosor histórico está más presente en este libro que en cualquier otro lugar de las Escrituras.

«Y dijeron los príncipes y todo el pueblo a los sacerdotes y profetas: No ha incurrido este hombre en pena de muerte, porque en nombre de Jehová nuestro Dios nos ha hablado. Entonces se levantaron algunos de los ancianos de la tierra y hablaron a toda la reunión del pueblo, diciendo: Miqueas de Moreset profetizó en tiempo de Ezequías rey de Judá, y habló a todo el pueblo de Judá, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Sion será arada como campo, y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte de la casa como cumbres de bosque» (v. 16-18). ¿Qué le sucedió a Miqueas? ¿Lo trataron como a un traidor? ¿Fue Miqueas condenado a muerte? No.

Este ejemplo tomado del reinado de Ezequías era aún más llamativo y enfático porque Miqueas había profetizado la destrucción de Jerusalén y del templo bajo el reinado de un rey bueno (Miq. 3:12). Por lo tanto, su profecía era sin duda más sorprendente que la de Jeremías, que predijo lo mismo bajo el reinado de un rey malo. La defensa del profeta era, por tanto, sólida. «¿Acaso lo mataron Ezequías rey de Judá y todo Judá? ¿No temió a Jehová, y oró en presencia de Jehová, y Jehová se arrepintió del mal que había hablado contra ellos? ¿Haremos, pues, nosotros tan gran mal contra nuestras almas?» (v. 19).

El caso de Miqueas es seguido por otro. Urías, hijo de Semaías de Quiriat-jearim, que en nombre de Jehová profetizó contra la ciudad de Jerusalén y el país de Judá. «Y oyeron sus palabras el rey Joacim y todos sus grandes, y todos sus príncipes, y el rey procuró matarle; entendiendo lo cual Urías, tuvo temor, y huyó a Egipto. Y el rey Joacim envió hombres a Egipto, a Elnatán hijo de Acbor y otros hombres con él, a Egipto; los cuales sacaron a Urías de Egipto y lo trajeron al rey Joacim, el cual lo mató a espada, y echó su cuerpo en los sepulcros del vulgo. Pero la mano de Ahicam hijo de Safán estaba a favor de Jeremías, para que no lo entregasen en las manos del pueblo para matarlo» (v. 21-24). Así, cuando Jeremías corría el mayor peligro de sufrir el martirio como Urías, Jehová velaba por él. Para Urías fue un honor morir, pero para Judá fue una misericordia que Jeremías no fuera ejecutado.

4.2 - Capítulo 27

Este capítulo comienza así: «En el principio del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: Jehová me ha dicho así: Hazte coyundas y yugos, y ponlos sobre tu cuello; y los enviarás al rey de Edom, y al rey de Moab, y al rey de los hijos de Amón, y al rey de Tiro, y al rey de Sidón, por mano de los mensajeros que vienen a Jerusalén a Sedequías rey de Judá. Y les mandarás que digan a sus señores: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel» (v. 1-4).

Esta instrucción fue dada a Jeremías en la época de Sedequías, como indica el versículo 3. No hay duda de que, en el primer versículo, los copistas insertaron por error a Joacim en lugar de Sedequías. Esta sugerencia no pone en duda las Escrituras, pero Dios no hace milagros para que los escribas o los impresores no se equivoquen. Es fácil que lean mal el original, sobre todo cuando se trata de un nombre o una fecha.

En este caso, las propias Escrituras ponen de manifiesto el error, ya que no hay duda de que Joacim y Sedequías no reinaron juntos. Sedequías sucedió a Joacim. Luego, el versículo 3 dice: «Por mano de los mensajeros que vienen a Jerusalén a Sedequías rey de Judá», de modo que Sedequías reinaba en la época de la profecía de los lazos y los yugos. De ello se deduce que el capítulo 26 se sitúa en la época de Joacim, y el capítulo 27 en la época de Sedequías.

En esta ocasión se envía un nuevo mensaje a las naciones, ordenándoles que se sometan al yugo del rey de Babilonia. Los mensajeros o embajadores extranjeros debían transmitir el mensaje a sus respectivos soberanos: «Así ha dicho Jehová de

los ejércitos, Dios de Israel: Así habéis de decir a vuestros señores: Yo hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, con mi gran poder y con mi brazo extendido, y la di a quien yo quise. Y ahora yo he puesto todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan» (v. 4-6).

Está claro que Jehová habla de manera perentoria. En los días de Sedequías, no hay lugar para el arrepentimiento ni la misericordia de Jehová. Su palabra hacia Judá y las naciones se vuelve absoluta, expresándose como Creador y Gobernante. Jeremías advierte que el juicio divino caerá no solo sobre Sedequías, rey de Judá, sino también sobre los amonitas, los moabitas y las naciones vecinas. Todos serán entregados en manos de Nabucodonosor para estar sometidos a su yugo. Dios les había concedido tiempo para arrepentirse, pero no habían aprovechado la oportunidad. Ahora era demasiado tarde, y todos debían llevar el yugo y las cadenas de Babilonia.

4.3 - Capítulo 28

El primer versículo confirma lo dicho sobre la fecha en el capítulo anterior. Ambos acontecimientos tuvieron lugar durante el reinado de Sedequías. «Aconteció en el mismo año, en el principio del reinado de Sedequías rey de Judá, en el año cuarto, en el quinto mes, que Hananías hijo de Azur, profeta que era de Gabaón, me habló en la casa de Jehová delante de los sacerdotes y de todo el pueblo».

En ese momento, la iniquidad y la hostilidad de los falsos profetas se hacen más evidentes que nunca. Hananías, muy irritado por lo que anuncia Jeremías, profetiza en nombre de Jehová: «Dentro de dos años haré volver a este lugar» (vean v. 3), desde Babilonia, todos los utensilios del templo. Era el falso testimonio de restauración que Hananías daba en presencia de Jeremías, quien se contentó con responder: «Amén, así lo haga Jehová» (v. 6). Hananías predijo que el yugo de Judá bajo Nabucodonosor se rompería en 2 años. Jeremías, con gran dulzura, dijo: «Amén, así lo haga Jehová». Si esa era Su voluntad, el verdadero profeta estaría feliz.

Hananías acompañó su falsa profecía con una señal, quitando el yugo del cuello de Jeremías, rompiéndolo y diciendo: «Así ha dicho Jehová: De esta manera romperé el yugo de Nabucodonosor rey de Babilonia, del cuello de todas las naciones» (v. 11), pero Jeremías se marchó sin responder. Este dominio de sí mismo es una gran lección para nosotros; el siervo del Señor no debe luchar. El mismo Jeremías, que había sido como un muro de bronce, que había resistido frente a reyes, profetas y

sacerdotes, ahora se niega a discutir con el profeta Hananías.

La razón de su comportamiento es simple. Jeremías protestaba y advertía mientras había esperanza de arrepentimiento o si la gracia paciente lo exigía, pero cuando no había conciencia en juego, cuando había una falsa pretensión en nombre de Jehová, simplemente se marchaba. Dejaba que Dios juzgara entre los profetas. Si Jeremías era verdadero, Hananías era falso. Estaba perfectamente seguro de ser él mismo verdadero. Por lo tanto, deja las palabras y los actos de Hananías ante la conciencia de los hombres de Judá, sin añadir una palabra. Habría debilitado su testimonio anterior si hubiera dicho una sola palabra más.

Jeremías incluso deseaba que la profecía de Hananías sobre la inminente liberación del yugo de Babilonia fuera cierta, pero no había arrepentimiento en Judá. Siempre es señal de que una profecía es falsa cuando, en un mal día, promete prosperidad. Cuando el pueblo de Dios se aleja de él, los falsos profetas profetizan cosas agradables. Tienen sueños brillantes de progreso, de expansión de la obra y de bendición del Señor. Su testimonio invariable es la llegada de cosas grandes y agradables. Un profeta verdadero, por el contrario, en los días malos, advierte que el Señor viene a juzgar a los impíos. Eso es lo que hacía Jeremías. Pero Hananías ofrecía la perspectiva alegre de una liberación general y próxima de la servidumbre del rey de Babilonia.

Pero después, Dios le dio a Jeremías una palabra para decirle a Hananías. «Ve y habla a Hananías, diciendo: Así ha dicho Jehová: Yugos de madera quebraste, mas en vez de ellos harás yugos de hierro. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yugo de hierro puse sobre el cuello de todas estas naciones, para que sirvan a Nabucodonosor rey de Babilonia, y han de servirle; y aun también le he dado las bestias del campo.

>Entonces dijo el profeta Jeremías al profeta Hananías: Ahora oye, Hananías: Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo. Por tanto, así ha dicho Jehová: He aquí que yo te quito de sobre la faz de la tierra; morirás en este año, porque hablaste rebelión contra Jehová. Y en el mismo año murió Hananías, en el mes séptimo» (v. 13-17). Fue una solemne justificación pública de la veracidad de las profecías de Jeremías y de la falsedad y el engaño de las de Hananías.

4.4 - Capítulo 29

El profeta envía una carta a los ancianos que habían sido llevados cautivos a Babilonia en la época de Joaquín, rey de Judá (2 Reyes 24:12-16). La Palabra de Jehová de los ejércitos les ordenaba someterse implícitamente a Nabucodonosor. No solo no debían rebelarse, sino que debían obedecer. Ya no eran judíos bajo el gobierno directo de Dios en su propio país, sino que debían reconocer la autoridad del rey gentil que Dios había establecido sobre ellos a causa de sus pecados.

Los cautivos se encontraban bajo un nuevo régimen político. Necesitaban una dirección especial de parte de Dios, porque no hay duda de que el espíritu judío rechazaba enérgicamente la idea de que un gentil reinará sobre ellos. Si Dios no hubiera expresado su voluntad, habrían seguido conspirando en Babilonia para poner fin a ese miserable cautiverio. Pero el hecho de la fe, cuando Dios envía un castigo, es someterse a él, no combatirlo. Si el Señor hace algo debido a una falta nuestra, la fe en Él no consiste en minimizar el asunto o minimizar el castigo, sino en aceptar el castigo con humildad y confesar la falta.

Es esta sumisión al exilio lo que Jeremías inculcaba a los judíos de Babilonia. «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas» (v. 4-6). Sus costumbres no debían estar marcadas por la tristeza. Debían aceptar todas las circunstancias tal y como Dios las había dispuesto. Debían confiar alegremente en Jehová, pero como cautivos de Nabucodonosor. No solo eso, sino que incluso debían buscar el bien y la paz de Babilonia. «Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová» (v. 6-7).

Ahora bien, las almas que no se inclinan verdaderamente ante Dios siempre están melancólicas, murmurando en su aflicción y evitando los deberes comunes de la vida. Los piosos no cierran los ojos ante lo doloroso, ni son insensibles a la adversidad. Ignorar la realidad de las cosas no sería piedad, pero al sentir la aflicción, buscan la gracia de Dios para aceptar las pruebas de su mano con toda la paciencia posible.

«Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No os engañen vuestros

profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos; ni atendáis a los sueños que soñáis. Porque falsamente os profetizan ellos en mi nombre; no los envié, ha dicho Jehová. Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros, dice Jehová, y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé, dice Jehová; y os haré volver al lugar de donde os hice llevar» (v. 8-14).

La predicción de este regreso del cautiverio se cumplió sin duda en parte con el regreso bajo Ciro, rey de Persia; aunque los términos de la profecía iban más allá, hubo un cumplimiento en esa época. Jehová se dirige luego a los judíos que permanecieron en Jerusalén bajo Sedequías: «Pero así ha dicho Jehová acerca del rey que está sentado sobre el trono de David, y de todo el pueblo que mora en esta ciudad, de vuestros hermanos que no salieron con vosotros en cautiverio; así ha dicho Jehová de los ejércitos: He aquí envío yo contra ellos espada, hambre y pestilencia» (v. 16-17). No es una promesa de regreso de Babilonia bajo un hijo de David. El hijo de David aún tenía que sufrir más castigos. Un hijo de David ya había sido llevado al cautiverio. Otro hijo de David aún reinaba en Jerusalén, y la peste y la espada caerían sobre él.

4.5 - Capítulo 30

Este capítulo contiene la profecía de Jehová sobre la restauración final de su pueblo al final. «Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: Así habló Jehová Dios de Israel, diciendo: Escríbete en un libro todas las palabras que te he hablado. Porque he aquí que vienen días, dice Jehová, en que haré volver a los cautivos de mi pueblo Israel y Judá, ha dicho Jehová, y los traeré a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán.

>Estas, pues, son las palabras que habló Jehová acerca de Israel y de Judá. Porque así ha dicho Jehová: Hemos oído voz de temblor; de espanto, y no de paz. Inquirid ahora, y mirad si el varón da a luz; porque he visto que todo hombre tenía las manos sobre sus lomos, como mujer que está de parto, y se han vuelto pálidos todos los rostros. ¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él» (v.

1-7).

Es imposible decir si la promesa de esta restauración de Israel y Judá se ha cumplido. La particularidad de este período de sufrimiento sin precedentes es que, aunque se trata del peor período de duelo que Israel haya conocido jamás, es a partir de este período que obtendrá la salvación. «Tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado» (v. 7). Tal angustia acompañada de una liberación para Israel y Jacob nunca ha tenido lugar desde la época de Jeremías hasta hoy. Las victorias de los macabeos sobre sus enemigos no fueron nada en comparación con esta profecía. Tenemos una predicción sobre ellos en [Daniel 11](#). Existe un relato sobre ellos en Josefo y en los apócrifos, pero las Escrituras no se dignan a dar cuenta de los éxitos de los macabeos.

Cuando el poder romano dominaba, Israel y Judá no fueron salvados. Pompeyo tomó Jerusalén, luego Tito no solo tomó la ciudad, sino que la destruyó, y los judíos fueron dispersados nuevamente.

Así, aunque los judíos han pasado por muchos períodos de agitación, nunca ha habido agitación sin precedentes después de los cuales hayan sido salvados. Todos los grandes períodos de agitación que han atravesado hasta ahora solo han dado lugar a otras agitaciones. Las cosas siempre han salido mal para los judíos, excepto, como he dicho, durante los levantamientos macabeos, cuyos resultados fueron muy modestos en comparación con los términos de esta profecía.

«En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, yo quebraré su yugo de tu cuello, y romperé tus coyundas, y extranjeros no lo volverán más a poner en servidumbre» (v. 8). ¡Pero los extranjeros han utilizado a Jacob hasta ahora! [\[6\]](#)

[\[6\] Finalmente, los judíos han obtenido su independencia nacional en 1.948 \(actualizado\).](#)

«Sino que servirán a Jehová su Dios y a David su rey, a quien yo les levantaré» (v. 9). Serán los días del Mesías: «A Jehová su Dios y a David su rey». Es evidente que la profecía se aplica al pueblo judío en su conjunto, como nación no dividida. Por lo tanto, la profecía no se ha cumplido.

En el resto del capítulo 30 hay llamamientos morales a los cautivos de Babilonia. Debían sacar valor de la palabra reconfortante de Jehová y no dejarse abatir. «Mas yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice Jehová; porque desechada te llamaron, diciendo: Esta es Sion, de la que nadie se acuerda. Así ha dicho Jehová:

He aquí yo hago volver los cautivos de las tiendas de Jacob, y de sus tiendas tendré misericordia, y la ciudad será edificada sobre su colina, y el templo será asentado según su forma. Y saldrá de ellos acción de gracias, y voz de nación que está en regocijo, y los multiplicaré, y no serán disminuidos; los multiplicaré, y no serán menoscabados. Y serán sus hijos como antes, y su congregación delante de mí será confirmada; y castigaré a todos sus opresores. De ella saldrá su príncipe, y de en medio de ella saldrá su señoreador» (v. 17-21); mientras que, por lo general, era todo lo contrario, el gobernador mismo provenía del poder conquistador. Y Jehová añade: «Y me seréis por pueblo, y yo seré vuestro Dios» (v. 22), mostrando que la restauración no solo sería una renovación como nación, sino también una comunión con Dios en el culto y el servicio.

4.6 - Capítulo 31

Así, en el capítulo 31, esta nueva relación con Dios queda muy claramente establecida. «En aquel tiempo, dice Jehová, yo seré por Dios a todas las familias de Israel». Habrá una restauración completa de las tribus dispersas y esparcidas, no solo de Judá, sino también de Israel: «Todas las familias de Israel». Nada podría ser más claro. «Así ha dicho Jehová: El pueblo que escapó de la espada halló gracia en el desierto, cuando Israel iba en busca de reposo» (v. 2).

Luego, de una manera muy hermosa, este capítulo describe la poderosa intervención de Dios. «He aquí yo los hago volver de la tierra del norte, y los reuniré de los fines de la tierra, y entre ellos ciegos y cojos, la mujer que está encinta y la que dio a luz juntamente» (v. 8). Se trata de una liberación completa, de modo que incluso los que sufren o están enfermos serán traídos sanos y salvos por la voluntad y la solicitud de Dios. Él velará por que entren sanos y salvos en la Tierra Santa. El regreso de entre las naciones será, por tanto, completo. Si algunos tuvieran que quedarse atrás en la reunión de Israel, serían, por supuesto, los discapacitados y los indefensos, como se dice aquí; pero no, todos serán traídos de vuelta. El Señor no se olvidará de nadie.

Además, Israel no volverá con vanidad y orgullo, como si se hubiera liberado a sí mismo. En ese día, su salvación no se deberá a la influencia del dinero, a la diplomacia o cualquier cosa humana. «Irán con lloro, mas con misericordia los haré volver». Será una verdadera obra de Dios en ellos y para ellos. Una obra de arrepentimiento en ellos acompañará su restauración; «porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito» (v. 9).

En este capítulo se encuentra el conocido pasaje que se aplica a la destrucción de los niños de Belén por Herodes. «Así ha dicho Jehová: Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; Raquel que lamenta por sus hijos, y no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron» (v. 15). Es hermoso ver que en [Mateo 2:17-18](#), el Espíritu Santo solo aplica a este acontecimiento el pasaje que evoca el dolor, y no el siguiente, que evoca el gozo: «Así ha dicho Jehová: Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo» (v. 16).

El evangelista no cita este versículo. Se limita a mencionar lo que había sucedido. Había entonces un dolor amargo, en el mismo lugar de los nacimientos reales. Una profunda angustia reinaba donde debería haber reinado el mayor gozo. El nacimiento del Mesías debería haber sido señal de gozo universal en la tierra de Israel. Y habría habido gozo si hubiera habido fe en Dios y en su promesa, pero no la había. Además, como el pueblo se encontraba en un vergonzoso estado de incredulidad, un usurpador edomita ocupaba el trono. Por eso reinaban la violencia y el engaño en el país, y Raquel lloraba a sus hijos y no podía ser consolada, porque ya no existían. El Espíritu Santo aplica, pues, la primera parte de la profecía, pero se detiene ahí. Cuando se cumpla toda la profecía, habrá de nuevo tristeza en el país, una gran tristeza, pero también habrá gozo. «Por la noche durará el lloro, Y a la mañana vendrá la alegría» ([Sal. 30:5](#)). «Esperanza hay también para tu porvenir, dice Jehová, y los hijos volverán a su propia tierra» (v. 17).

Luego viene el arrepentimiento de Efraín. «Ciertamente tendré de él misericordia»; y Jehová muestra que la obra de contrición que sin duda comenzó en sus almas se lleva a cabo. «Porque después que me aparté tuve arrepentimiento, y después que reconocí mi falta, herí mi muslo; me avergoncé y me confundí, porque llevé la afrenta de mi juventud» (v. 19).

Jehová muestra su amor por el que se arrepiente. «¿No es Efraín hijo precioso para mí? ¿no es niño en quien me deleito? Pues desde que hablé de él, me he acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él; ciertamente tendré de él misericordia, dice Jehová. Establécete señales, ponte majanos altos, nota atentamente la calzada; vuélvete por el camino por donde fuiste, virgen de Israel, vuelve a estas tus ciudades» (v. 20-21). Es el regreso definitivo de Israel a su propia tierra después de un largo vagar. «¿Hasta cuándo andarás errante, oh hija contumaz? Porque Jehová creará una cosa nueva sobre la tierra: la mujer rodeará al varón» (v. 22).

Entre los Padres y los teólogos que les siguieron, era habitual aplicar este pasaje al nacimiento del Señor de la Virgen María, pero la profecía no hace la menor alusión a ello. Una mujer que rodea a un hombre no es en absoluto lo mismo que una virgen que rodea a un hijo al llevarlo en su seno. Rodeando a un hombre no tiene nada que ver con el nacimiento de un niño. Significa que una mujer, considerada la más débil de la raza humana, vencería al hombre. El término «varón» designa aquí a un hombre poderoso. Evidentemente, no se trata de un hombre corriente, sino de un héroe, un hombre poderoso; y, contrariamente al curso normal de la naturaleza, es la mujer débil la que derribaría al hombre poderoso.

Este es el significado de esta declaración. El verdadero significado de la palabra «rodear» no es solo oponerse o resistir, sino incluso vencer toda la fuerza del hombre. Y así, Dios hará que esta mujer, que es claramente una figura de la hija de Israel apóstata en su gran debilidad, venza. Aunque se encuentra en un estado muy débil y todo el poder del hombre está en su contra, ella vencerá al hombre y saldrá victoriosa.

En el tiempo venidero, habrá un cambio completo para Israel, a imagen de nuestro Señor. A menudo cantamos en uno de nuestros himnos: “A través de la debilidad y la derrota, él ganó el cetro y la corona”, así, en ese día, el Señor reproducirá su propia victoria en su pueblo. «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zac. 4:6). La mujer es el símbolo de la nación en su debilidad, y el hecho de rodear a un hombre es su victoria sobre todos los recursos humanos empleados contra ellos.

Esta interpretación da un sentido muy sencillo a esta frase simbólica, sin tener que forzarla para ver en ella el nacimiento virginal de Cristo. De hecho, Jeremías no hace ninguna referencia clara al nacimiento del Mesías. Lo anuncia como un rey que reina. No le interesa su nacimiento, su vida, su muerte o su cruz, sino la nación de Israel y el Señor Jesús en su relación nacional con ellos como su rey, como «David, su rey».

Ahora bien, los profetas tienen una gran regularidad en cuanto a este rasgo particular de su ministerio; sus profecías siempre tienen una gran rectitud. No todos los profetas presentan al Mesías de la misma manera. Isaías, el más completo de todos los profetas, presenta al Mesías en todos sus aspectos. Algunos profetas solo anuncian al Mesías como el que sufre; otros, como un glorioso conquistador. Algunos lo muestran en ambos aspectos, pero, por lo general, unos lo presentan de una manera y otros de otra. Siempre hay una relación entre el alcance particular de la profecía

y la forma en que se presenta a Cristo en ella.

Esta seguridad de una bendición futura para su pueblo hacía que el sueño del profeta fuera dulce (v. 26). Se sentía reconfortado por la certeza de que Dios actuaría en favor de su pueblo en el momento de su mayor debilidad y traería resultados tan felices. La siguiente profecía está en perfecta armonía con esto.

«He aquí vienen días, dice Jehová, en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simiente de hombre y de simiente de animal. Y así como tuve cuidado de ellos para arrancar y derribar, y trastornar y perder y afligir, tendré cuidado de ellos para edificar y plantar, dice Jehová. En aquellos días no dirán más: Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias tendrán la dentera.

>He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto» (v. 27-32).

El nuevo pacto no será de la misma naturaleza que el antiguo. Este contraste entre ambos refuta por completo una de las objeciones recurrentes del judaísmo moderno [7].

[7] Uno de los rabinos más famosos, un judío español llamado Erobo (fallecido en 1.687), razona extensamente y con gran perspicacia, como si la Ley de Moisés fuera a seguir siendo la única norma inmutable de Israel y nada más. – (W.J.H.)

Es evidente que en este pasaje el profeta rechaza por completo tal pensamiento y muestra que habrá un cambio radical en la relación de la alianza. No será una deshonra para la Ley de Moisés que Dios establezca un nuevo pacto bajo el Mesías; de hecho, el propio Moisés lo había anunciado. Dijo que Jehová Dios suscitaría un profeta semejante a él, pero, aunque semejante a él, superior a él (Deut. 18:15, 18). Este profeta no sería superior si no introdujera un nuevo estado de cosas, es decir, un nuevo pacto. Moisés introdujo el antiguo pacto. Cristo introducirá el nuevo pacto.

No digo que nosotros, los cristianos, hayamos recibido el nuevo pacto en sí, pero hemos recibido la sangre del nuevo pacto. Tenemos aquello en lo que se basa el nuevo pacto. El nuevo pacto en sí mismo supone que la tierra de Israel sea bendecida y que la casa de Israel sea liberada, pero ninguna de las 2 cosas se ha cumplido

todavía. El nuevo pacto supone ciertas bendiciones espirituales, a saber, la ley de Dios escrita en el corazón y el perdón de los pecados. Hemos recibido estos aspectos espirituales del nuevo pacto, así como otras bendiciones propias del cristianismo, a saber, la presencia del Espíritu Santo y la unión con Cristo en los cielos, algo que los judíos (no convertidos al cristianismo) no tendrán.

Es evidente que esta profecía refuta el argumento de los judíos que imaginan que es una deshonra para la Ley que Dios traiga algo mejor que lo que se disfrutaba en los días de Moisés. En este pasaje se muestra claramente el marcado contraste entre los 2 pactos, así como las características particulares del nuevo. «Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado» (v. 33-34). Estos dos versículos se aplican tanto a los cristianos como a los judíos, pero lo que sigue no se aplica ni a los cristianos ni a los judíos actuales, ya que no constituyen una nación. «Así ha dicho Jehová, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que parte el mar, y braman sus ondas; Jehová de los ejércitos es su nombre: Si faltaren estas leyes delante de mí, dice Jehová, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de mí eternamente» (v. 35-36).

Para mostrar que esta profecía debe entenderse de manera literal y no alegórica, el profeta dice: «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que la ciudad será edificada a Jehová, desde la torre de Hananeel hasta la puerta del Ángulo» (v. 38). No se trata de la ciudad en los cielos, cuyo creador y constructor es Dios. No es la nueva Jerusalén que desciende del cielo, de Dios, porque allí no hay torre de Hananeel, ni se mide la esquina. «Y saldrá más allá el cordel de la medida delante de él sobre el collado de Gareb, y rodeará a Goa» (v. 39). Son los antiguos barrios y las antiguas puertas de la ciudad de Jerusalén, y Dios los renovará en el día venidero.

Además, el profeta habla de «todo el valle de los cuerpos muertos». Nadie está tan loco como para suponer que existe un valle de los cadáveres en la nueva Jerusalén. «Y todo el valle de los cuerpos muertos y de la ceniza, y todas las llanuras hasta el arroyo de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los caballos al oriente, será santo a Jehová; no será arrancada ni destruida más para siempre» (v. 40). En verdad, esta idea es tan infundada que, si hablamos demasiado de ella, corremos el riesgo de dar la impresión de que simplemente estamos tratando de ridiculizarla.

4.7 - Capítulo 32

Esta profecía del nuevo pacto va seguida de un incidente muy llamativo en el que se pone a prueba la fe del profeta en su propia predicción. El Señor permite que sus siervos sean puestos a prueba constantemente. Si el Señor nos da a testificar una gran verdad, tendremos que demostrar nuestra propia fe en esa verdad. Jeremías fue sometido a tal prueba en las siguientes circunstancias. «Palabra de Jehová que vino a Jeremías, el año décimo de Sedequías rey de Judá, que fue el año decimoctavo de Nabucodonosor. Entonces el ejército del rey de Babilonia tenía sitiada a Jerusalén, y el profeta Jeremías estaba preso en el patio de la cárcel que estaba en la casa del rey de Judá» (v. 1-2).

El profeta se encontraba en una situación muy difícil, al igual que la ciudad. Jerusalén estaba sitiada y sin duda sería tomada por el rey de Babilonia. Jeremías no solo estaba en peligro por culpa de los caldeos, sino que además estaba preso en la ciudad, por lo que se encontraba doblemente afligido, y más por los judíos que por los gentiles.

Se podría pensar que un momento así era totalmente inapropiado para cerrar una transacción comercial, pero la que se llevó a cabo entonces era eminentemente una cuestión de fe, que exigía especialmente la confianza absoluta del profeta en el testimonio que Dios le había dado para transmitir. Así, compró el campo de Hanameel.

Pero en ese preciso momento, Jeremías había pronunciado unas palabras impactantes y muy graves sobre el rey. «Y Sedequías rey de Judá no escapará de la mano de los caldeos, sino que de cierto será entregado en mano del rey de Babilonia, y hablará con él boca a boca, y sus ojos verán sus ojos, y hará llevar a Sedequías a Babilonia, y allá estará hasta que yo le visite; y ¿si peleareis contra los caldeos, no os irá bien, dice Jehová?» (v. 4-5).

La toma de la ciudad era inminente, pero Jeremías dijo: «Palabra de Jehová vino a mí, diciendo: He aquí que Hanameel hijo de Salum tu tío viene a ti, diciendo: Comprame mi heredad que está en Anatot». ¡Qué momento para comprar un campo! La ciudad iba a ser tomada sin duda, ¡el propio profeta estaba en prisión! Él mismo había dicho que no había forma de escapar del ejército babilónico, y que no había forma de escapar del poder hostil de los que reinaban en Jerusalén, porque su testimonio iba en contra de su orgullo y su falso patriotismo.

Sin embargo, en un momento así, el tío de Jeremías le pidió que comprara un campo. ¡Qué! ¡Cuando estaban a punto de ser expulsados del país y llevados al cautiverio!

¿Debía comprar un campo? ¿Cuál podía ser el motivo de tal transacción? Pero era Jehová quien le pedía que lo hiciera. Esa compra era un testimonio del mayor valor, que mostraba que, a pesar de la desolación, a pesar de la destrucción de la ciudad, Jeremías creía que los judíos volverían a sus posesiones, y que la tierra volvería a ser cultivada y se volverían a construir casas en ella.

La historia romana relata que, en la época en que los galos establecieron su campamento alrededor de Roma, el terreno en el que habían levantado sus tiendas fue comprado y vendido, y esto se consideró una de las mayores pruebas de confianza en el futuro de Roma. Quizás no haya ningún otro acontecimiento similar en la historia. No recuerdo ninguna transacción de este tipo durante el asedio de otro lugar, excepto Roma.

Pero hay una diferencia importante entre estos 2 acontecimientos. Los romanos magnificaron este acto y lo consiguieron en su historia como prueba de su voluntad de hierro. Sabían muy bien que eran más resistentes que los galos y que, aunque estos últimos tuvieran una ligera ventaja durante un tiempo, el hierro romano resultaría más fuerte que el fuego galo. Sabían muy bien que, aunque los impetuosos galos pudieran obtener la victoria por un día, Roma se levantaría, los repelería y los pisotearía. Y eso es lo que sucedió.

¡Pero cuán diferente era el espíritu de Jeremías! Sufría por su propio pueblo y reconocía que la mano de Dios se había extendido contra Jerusalén. Sin embargo, fortalecido por su simple fe en la Palabra de Dios, sin la menor confianza en su propio poder y sin mostrar ninguna confianza en Sedequías o en el pueblo judío, actuó de esta manera tranquila y sorprendente ante el peso aplastante del poder caldeo que Dios había suscitado para pisotear la orgullosa y rebelde ciudad de Jerusalén.

Jeremías compró el campo de su tío de acuerdo con las disposiciones de la Ley de Jehová. Lo compró porque confiaba en la restauración de Israel, no solo la restauración final, sino también la restauración parcial al cabo de los 70 años. Por lo tanto, me parece que la fe de Jeremías es una hermosa respuesta al orgullo de Roma.

«Y vino a mí Hanameel hijo de mi tío, conforme a la palabra de Jehová, al patio de la cárcel, y me dijo: Compra ahora mi heredad, que está en Anatot en tierra de Benjamín, porque tuyo es el derecho de la herencia, y a ti corresponde el rescate; cómprala para ti. Entonces conocí que era palabra de Jehová» (v. 8). Jehová le había dicho primero al profeta que comprara el campo, y luego Hanameel vino a ofrecerle su campo para venderlo.

«Y compré la heredad de Hanameel, hijo de mi tío, la cual estaba en Anatot, y le pesé el dinero; diecisiete siclos de plata. Y escribí la carta y la sellé, y la hice certificar con testigos, y pesé el dinero en balanza. Tomé luego la carta de venta, sellada según el derecho y costumbre, y la copia abierta» (v. 9-11). Todo se hizo según la costumbre de la Ley. El documento abierto servía para consulta. El documento sellado era aquel del que todo dependía; era la prueba irrefutable. A menudo existe una práctica similar en las familias hoy en día. Se deposita un testamento en la notaría, y allí permanece siempre. No se puede tocar. No se puede retirar. Es la prueba legal en la que se basa todo. Pero, además de eso, la familia dispone de una copia hecha por su notario, para consultarla en caso de que surja alguna duda sobre la distribución de los bienes.

Y luego, según la Palabra de Jehová, Jeremías confió la prueba de compra a Baruc para que la conservara como testimonio de que la propiedad volvería a ser poseída en el país. «Y di orden a Baruc delante de ellos, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Toma estas cartas, esta carta de venta sellada, y esta carta abierta, y ponlas en una vasija de barro, para que se conserven muchos días. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra» (v. 13-15).

Si bien es cierto que, debido a las abominaciones de los hombres de Judá, Jehová los entregaría cautivos al rey de Babilonia, Jehová dice al mismo tiempo: «He aquí que yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, y con mi enojo e indignación grande; y los haré volver a este lugar, y los haré habitar seguramente; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios. Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos. Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí» (v. 37-40). Esta es una palabra adicional de Jehová acerca del nuevo pacto; será eterno; Él nunca se apartará de su pueblo.

Sabemos que los judíos aún no han heredado su tierra según el nuevo pacto, y mucho menos según el pacto eterno. Deben heredar bajo 2 títulos: el nuevo pacto para distinguirlo de todo lo que existió anteriormente, y el pacto eterno para mostrar que el nuevo pacto alianza quedará obsoleto, sino que siempre será eficaz y válido para su posesión y bendición.

Se ha preguntado si estos títulos de propiedad comprados por Jeremías se recuperarán algún día. No puedo decirlo. Creo que desaparecieron hace mucho tiempo,

pero nada es demasiado difícil para Jehová. Sin embargo, estoy seguro de que su significado nunca desaparecerá, y a veces he pensado que volverán a aparecer.

Jehová volverá a derramar su corazón misericordioso sobre su pueblo. «Y me alegraré con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en esta tierra en verdad, de todo mi corazón y de toda mi alma. Porque así ha dicho Jehová: Como traje sobre este pueblo todo este gran mal, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo. Y poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: Está desierta, sin hombres y sin animales, es entregada en manos de los caldeos. Heredades comprarán por dinero, y harán escritura y la sellarán y pondrán testigos, en tierra de Benjamín y en los contornos de Jerusalén, y en las ciudades de Judá; y en las ciudades de las montañas, y en las ciudades de la Sefela, y en las ciudades del Neguev; porque yo haré regresar sus cautivos, dice Jehová» (v. 41-44).

Observemos que la incredulidad se manifiesta de 2 maneras exactamente opuestas a la fe. Antes de que el mal o el juicio anunciado venga de la mano de Jehová, los hombres no creen en ello. Siempre esperan una liberación donde no la hay, una paz donde no la hay. Este es el primer efecto de la incredulidad: luchar contra el castigo de Jehová. Cuando llega el castigo, todos se sumen en la desesperación: piensan entonces que todo ha terminado para el pueblo y que nunca habrá bendición de la mano de Jehová. Por el contrario, la fe cree en el juicio antes de que llegue, pero cree en la bondad de Jehová y cree que la misericordia se glorifica frente al juicio (Sant. 2:13).

4.8 - Capítulo 33

En este capítulo, el Espíritu de Dios revela aún más esta certeza de la bendición de la mano de Jehová para el pueblo. No solo Judá e Israel volverán del cautiverio, comprarán, venderán, construirán, plantarán y serán una nación restaurada, sino que Jehová dice: «Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados con que contra mí pecaron, y con que contra mí se rebelaron. Y me será a mí por nombre de gozo, de alabanza y de gloria, entre todas las naciones de la tierra» (v. 8-9).

«He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra. En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: Jehová,

justicia nuestra. Porque así ha dicho Jehová: No faltará a David varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel» (v. 14-17).

Esta profecía anuncia claramente la restauración completa del régimen cultural y civil bajo el Mesías. La nación tendrá una realeza en la línea de David y un sacerdocio según el orden de Melquisedec. Luego, Jehová les da la promesa de que no romperá su pacto con Israel, ni tampoco su pacto con el día y la noche. «Así ha dicho Jehová: Si no permanece mi pacto con el día y la noche, si yo no he puesto las leyes del cielo y la tierra, también desearé la descendencia de Jacob, y de David mi siervo, para no tomar de su descendencia quien sea señor sobre la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob. Porque haré volver sus cautivos, y tendré de ellos misericordia» (v. 25-26).

4.9 - Capítulo 34

Se dirige una palabra reconfortante a Sedequías, aparentemente debido a su amabilidad hacia el profeta. Era un mal gobernante, pero no carecía de amabilidad. Muchos hombres malos cuya conciencia hacia Dios no está completamente adormecida tienen muchos sentimientos naturales. Sienten que algo está mal, pero no tienen la fuerza para hacer el bien. Ven lo que es justo y aprecian a quienes dicen lo que es justo, pero no tienen la fuerza espiritual necesaria para guiarlos por el camino de la justicia.

Sedequías era ese tipo de hombre. Había reyes peores que él; él se mostraba dispuesto a escuchar al profeta. Sin embargo, Sedequías provocó el juicio sobre Jerusalén y su pueblo. No era el hombre más audaz el que cometía los peores actos. La debilidad puede ser culpable cuando no se recurre a Dios para encontrar la fuerza. Y ese era el caso de Sedequías. Pero Jehová le mostró misericordia, creo que por lo que había hecho a su siervo Jeremías. «No morirás a espada. En paz morirás» (v. 4-5). ¡Qué gracia por parte de Jehová! Él atenúa el juicio que cae sobre Sedequías debido a cierta complacencia hacia su profeta. Dios no olvida los actos de bondad.

4.10 - Capítulo 35

La obediencia de los recabitas se presenta a los hombres de Judá para hacerles comprender que al menos algunos hombres han mostrado más respeto por un padre terrenal que el que Israel ha mostrado por Dios mismo. Los recabitas eran una clase

de árabes –beduinos del desierto, como se dice– que eran fieles a lo que su padre les había dicho. Les había prohibido construir casas y beber vino, y estos hombres habían cumplido la voluntad de su padre durante mucho tiempo.

Cuando los recabitas buscaron refugio en Jerusalén a causa de Nabucodonosor, Jeremías utilizó la fidelidad a lo que les había pedido su padre para condenar solemnemente a los hijos de Judá por su desobediencia. Pidió a los habitantes de Jerusalén que aprendieran la lección que les daba el ejemplo de los recabitas, quienes, incluso ante la inminencia del asedio, no se apartaron de las normas de su padre. Podrían haber invocado las circunstancias como excusa para desobedecer en ese momento, pero se mantuvieron fieles a sus padres. «Y dijo Jeremías a la familia de los recabitas: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Por cuanto obedecisteis al mandamiento de Jonadab vuestro padre, y guardasteis todos sus mandamientos, e hicisteis conforme a todas las cosas que os mandó; por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No faltará de Jonadab hijo de Recab un varón que esté en mi presencia todos los días» (v. 18-19). Y no dudo que el Señor preserve una parte de esta raza hasta el día de hoy.

4.11 - Capítulo 36

Ahora tenemos a Joacim, un rey muy diferente. Era un mal gobernante, más obstinado y audaz que Sedequías. Es el rollo que escribió el profeta el que pone de relieve la iniquidad de Joacim. «Toma un rollo de libro, y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel y contra Judá, y contra todas las naciones, desde el día que comencé a hablarte, desde los días de Josías hasta hoy. Quizá oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles, y se arrepienta cada uno de su mal camino, y yo perdonaré su maldad y su pecado. Y llamó Jeremías a Baruc hijo de Nerías, y escribió Baruc de boca de Jeremías, en un rollo de libro, todas las palabras que Jehová le había hablado. Después mandó Jeremías a Baruc, diciendo: A mí se me ha prohibido entrar en la casa de Jehová. Entra tú, pues, y lee de este rollo que escribiste de mi boca, las palabras de Jehová a los oídos del pueblo, en la casa de Jehová, el día del ayuno; y las leerás también a oídos de todos los de Judá que vienen de sus ciudades. Quizá llegue la oración de ellos a la presencia de Jehová, y se vuelva cada uno de su mal camino; porque grande es el furor y la ira que ha expresado Jehová contra este pueblo» (v. 2-7).

Baruc hizo así. «Y aconteció en el año quinto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, en el mes noveno, que promulgaron ayuno en la presencia de Jehová a todo el pueblo

de Jerusalén y a todo el pueblo que venía de las ciudades de Judá a Jerusalén. Y Baruc leyó en el libro las palabras de Jeremías en la casa de Jehová» (v. 9-10).

Entonces Micaías, que había escuchado, bajó a la casa del rey, donde todos los príncipes estaban sentados en la sala del escriba, y les contó todas las palabras que había oído. Los príncipes enviaron a buscar el rollo de Baruc y, asustados por lo que oyeron, propusieron informar al rey. «Y entraron a donde estaba el rey, al atrio, habiendo depositado el rollo en el aposento de Elisama secretario; y contaron a oídos del rey todas estas palabras. Y envió el rey a Jehudí a que tomase el rollo, el cual lo tomó del aposento de Elisama secretario, y leyó en él Jehudí a oídos del rey, y a oídos de todos los príncipes que junto al rey estaban» (v. 20-21). El pobre rey mostró una total incredulidad. Pensó que podría librarse del juicio destruyendo el rollo. «Cuando Jehudí había leído tres o cuatro planas, lo rasgó el rey con un cortaplumas de escriba, y lo echó en el fuego que había en el brasero, hasta que todo el rollo se consumió sobre el fuego que en el brasero había» (v. 23). Fue un acto impío y atrevido ante Dios, una pura locura, pero sin embargo un pecado.

En consecuencia, Jehová le dijo a Jeremías: «Vuelve a tomar otro rollo, y escribe en él todas las palabras primeras que estaban en el primer rollo que quemó Joacim rey de Judá. Y dirás a Joacim rey de Judá: Así ha dicho Jehová: Tú quemaste este rollo, diciendo: ¿Por qué escribiste en él?, diciendo: De cierto vendrá el rey de Babilonia, y destruirá esta tierra, y hará que no queden en ella ni hombres ni animales. Por tanto, así ha dicho Jehová acerca de Joacim rey de Judá: No tendrá quien se siente sobre el trono de David; y su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche. Y castigaré su maldad en él, y en su descendencia y en sus siervos; y traeré sobre ellos, y sobre los moradores de Jerusalén y sobre los varones de Judá, todo el mal que les he anunciado y no escucharon» (v. 28-31).

El texto del antiguo rollo fue reescrito y se añadieron otras palabras según los caminos inmutables de Dios. La incredulidad nunca detiene los juicios de Dios, sino que más bien los cumple. Puede agravarlos, pero nunca atenuarlos.

4.12 - Capítulos 37 - 38

En estos capítulos se describen los vanos esfuerzos de Sedequías y sus nobles para escapar de los caldeos. En el capítulo 38 se dice que Jeremías fue arrojado a un calabozo y que solo la bondad de Sedequías le impidió morir. Pero en esa casa malvada había alguien que temía Jehová, Ebed-Melec, el etíope, que mostró compasión por

el profeta en la mazmorra e hizo mucho por salvarlo.

4.13 - Capítulo 39

Este capítulo nos muestra la toma de Jerusalén y la huida de Sedequías. Sin embargo, el rey fue capturado y (lo que más temía) llevado ante el conquistador caldeo. Fue llevado de forma ignominiosa a Babilonia, encadenado y con los ojos arrancados. Jeremías, por el contrario, fue acogido por el rey de Babilonia. Y Ebed-Melec no fue olvidado.

4.14 - Capítulos 40 - 44

En estos capítulos vemos la anarquía y el desorden moral que reinaban entre los judíos que permanecían en el país o sus alrededores, mientras que la mayoría de sus hermanos habían sido llevados cautivos a Babilonia. Jeremías les ayuda transmitiéndoles la Palabra de Jehová, pero ellos se muestran muy incrédulos. Esta obstinación de corazón era muy dolorosa para el profeta. Su incredulidad hacia Jehová ya había provocado la destrucción de Jerusalén. Y ahora, incluso el pequeño remanente, los pobres que habían quedado en el país y entre los que Jeremías vivía, estaban llenos de envidia, de sus propios planes, de traición, de engaño y de violencia. Dios no estaba en sus pensamientos.

Todas estas cosas llenaban el corazón del profeta de tristeza. Para escapar de la ira del rey de Babilonia, muchos huyeron a Egipto, donde practicaron sus idolatrías. Se relatan las acciones de sus diferentes líderes, Gedalías, Ismael y luego Jocarán; solo uno de ellos se preocupó en cierta medida por el pueblo de Dios, los demás solo sirvieron a sus propios intereses.

El profeta anuncia lo que les sucederá a los judíos que intentaron escapar bajando a Egipto. Les muestra que allí solo encontrarán más desgracias por parte de Nabucodonosor. Si se hubieran quedado tranquilamente en el país sometido a la autoridad del rey caldeo que Dios había puesto sobre ellos, se habrían salvado. Pero eligieron la política humana, pensando que era más seguro bajar a Egipto, cuando resultó ser todo lo contrario. Nabucodonosor persiguió a los egipcios y castigó a esos judíos incrédulos en ese país.

4.15 - Capítulo 45

Ahora se nos está presentada la palabra que el profeta Jeremías dirigió a Baruc, su secretario. Para Baruc, la gran lección es que, en el día del juicio, el sentimiento apropiado para un santo y un siervo de Dios es la ausencia de egoísmo. «¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques; porque he aquí que yo traigo mal sobre toda carne, ha dicho Jehová; pero a ti te daré tu vida por botín en todos los lugares adonde fueres» (v. 5). La humildad de espíritu siempre es propia del santo, pero en un día malo es la única seguridad. La humildad siempre es moralmente correcta, pero también es lo único que preserva del juicio. No me refiero aquí al juicio final de Dios, sino al que se ejecuta en este mundo. Me parece evidente que Baruc no había aprendido esta lección y que ahora tenía que aprenderla. El profeta le había dirigido estas palabras en una fecha anterior, en el cuarto año de Joacim.

4.16 - Capítulos 46 - 51

En el capítulo 46 tenemos la condena de Egipto, adonde esos judíos insensatos habían huido para ponerse a salvo; en el capítulo 47, la de Filistea, y luego, en el capítulo 48, la de Moab: porque todos estos países eran los lugares donde los judíos buscaban seguridad. En el capítulo 49, se dicta sentencia sobre los amonitas, Damasco y otros, e incluso Elam. Elam se diferencia de los demás en que este país está muy lejos de Jerusalén, mientras que los demás estaban relativamente cerca.

Todas estas naciones caerían bajo el poder de Nabucodonosor, pero algunas de ellas serían restauradas en los últimos días. Entre estas naciones se encuentran Elam, Egipto, Moab y Amón, pero no Filistea, ni Damasco, ni Hazor, y sobre todo Babilonia, cuya destrucción nos está presentada en detalle en los capítulos 50 y 51.

4.17 - Capítulo 52

Este capítulo, que concluye la profecía de Jeremías, es como un apéndice inspirado que contiene un breve relato histórico del reinado de Sedequías hasta la destrucción de Jerusalén por el rey de Babilonia. El último incidente (v. 31-34) relata la clemencia que mostró Evil-merodac, rey de Babilonia, hacia Joacim, rey de Judá, durante el trigésimo séptimo año de su cautiverio.